

I-4181

30 f
C/R.771

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA



6104305735

GUIRNALDA REAL

Dedicada

A SS. MM. LAS REINAS

DOÑA ISABEL II

Y DOÑA

MARÍA CRISTINA DE BORBON,

Y S. A. LA SERENISIMA INFANTA

DOÑA LUISA FERNANDA.



Madrid:

IMPRESA Y LIBRERIA DE D. I. BOIX, EDITOR, CALLE DE GARRIGAS.

1844.

X-61-126203-4



A SS. MM. Y A. R.



SONETO.

Encontradores los dos, nobles, leales
cruzábamos, ansiosos de laireles
los mares, los jardines, los eriales,
veroziendo ya espinas, ya claveles:

Vimos brillar las luces celestiales
en vuestros ojos, que adoramos fieles,
y hoia ofrecemos á las plantas reales
las flores que nos dieron los vergeles;

Recegedlas, por Dios! de nuestras manos
y miradlas con plácida sonrisa
para que gocen de la blanda brisa
haja de los doselos soberanos;

Y á esta **quiernalda** llamari la historia
por ser nuestra, **quiernalda** de la gloria.

FLORES POÉTICAS

POR

D. José Maria de Albuerno.



A S. M. LA REINA MADRE.



¿ Por qué se eleva mi abrasada frente,
por qué mi pecho de placer se inflama,
por qué la Inspiracion noble, valiente,
mi pensamiento anima con su llama,
por qué el céfiro suave del oriente
aroma en torno á mi laud derrama,
por qué vé mi ardorosa fantasía
paraísos de gloria y alegría... ?



¿ Por qué me halagan tan divinos sonos
présagos bellos de eternal ventura,
por qué envian las célicas regiones
al suelo sus portentos de hermosura,
por qué se abren los fieles corazones
á la esperanza, seductora, pura,
por qué al murmurio de los anchos mares
unen los trovadores sus cantares ?



¿ Por qué tanto gozar, tanto contento,
por qué todo recobra nueva vida,
por qué se alza do quier un monumento,
por qué la vil traicion huye corrida,
por qué en gayas coronas mina el viento
la azucena con lauro entretejida,
por qué llevan los bravos campeones
desplegados en alto sus pendones... ?

Felicidad ! felicidad !! España,
la patria de invencibles caballeros,
y de toda virtud y toda hazaña,
la que miró á sus pies mundos enteros,
la que en la paz y la feroz campaña
hizo llegar su nombre á los luceros,
la gigante nacion, la monarquía
vuelve á tener la madre que tenia.

Bajo lindas guirnaldas de laureles
por muelle senda de fragantes flores,
entre niños, matronas y donceles,
entre sábios, y altivos lidiadores,
entre hermosas ceñidas de claveles
entre coros de plácidos cantores,
Reina cual Reina de mansion divina
llega triunfante la inmortal Cristina.

Los perfumes que á miles se derraman
y que la tierra y los espacios llenan
el bullicioso céfiro embalsaman
y las almas sensibles enajenan:
á Cristina mil vítores aclaman
y cañones sin fin el órbe atruenan,
todo es amor y dicha y alborozo
y óyense sin cesar gritos de gozo.

A la sombra de palmas sin iguales
con que se forman arcos primorosos,
agólpanse las músicas marciales
en medio de mil grupos caprichosos
suenan en todas partes marchas reales,
himnos de paz y cánticos gloriosos,
y ante la Madre de Isabel segunda
Dios todo el cielo de esplendor inunda.

Contemplad á la itálica matrona
con sus hijas amantes en los brazos,
una en las sienes fúlgida corona
otra en los rizos deslumbrantes lazos;
benedicid la nobleza que la abona
al caer las cadenas en pedazos,
admirad en su frente la inocencia
y adorad su valor y su clemencia.

Siempre la misma fue... benigna, justa,
siempre Reina de paz antes que todo,
á quien ni riesgo ni traicion asusta
porque nunca su planta toca lodo;
siempre de voluntad firme, robusta,
defensora leal del cetro godo
prefirió el ostracismo de los reyes
á desgarrar las sacrosantas leyes.

Y salió de las playas españolas,
vertiendo á mares llanto de amargura,
del Océano azul sobre las olas,
que entonces murmuraban con tristura,
que al rizarse, mentían las corolas
de flores de fatídica blancura,
elevando sus sonos doloridos
cual endecha de amantes afligidos.

Cayó el astro del mal, pasaron años,
y la alta Magestad, noble señora,
la madre que se opuso á los amaños
del vil usurpador de alma traidora,
no tuvo que sufrir mas desengaños
y torna al régio alcázar vencedora,
porque Reina preclara de Castilla
bajó del trono excelso sin mancilla.

Prodigio de heroismo, Reina amada,
el traidor se perdió cual negro escombro
en el fondo de sima condenada
y un Angel de esterminio le holló el hombro :
tú sobre el sacro solio levantada
eres del cielo y de la tierra asombro,
y el serafin gracioso de la fama
maravilla de Reinas te proclama.

Ven, ven, á recibir dulce, tranquila,
el culto que te ofrecen los iberos,
que hallán la luz del bien en tu pupila,
y el consuelo en tus labios hechiceros;
no mas ya, la maldad que te horripila,
desnudará en el reino los aceros...
Percieron los pérfidos traidores
víctimas de sus bárbaros rencores.

Las hijas de tu amor, las hijas bellas
de que envidioso te alejó un villano,
te esperan diademadas con estrellas,
y bendecidas por el pueblo hispano;
el pueblo que lidió por tí, por ellas,
el pueblo fiel que de vencer ufano
quiere unir otro sol á los dos soles
del solio de los reyes españoles.

A LA REINA ISABEL II.

HIMNO.

Música del Sr. D. B. Sanchez Cejido.

CORO.

*Reina hermosa, doncella inocente,
Puro rayo de espléndido sol,
Dios proteja tu cetro potente
Para dicha del pueblo español.*

I.

Isabel, levantada en el sólio
Que robarte quisiera un villano,
Te saluda gozoso el hispano
Por aurora de paz y virtud:
Y extasiado tus gracias admira,
Blanca vírgen de hechizos portentoso,
Que eres astro de amor y contento
Y de gloria y ventura y salud.

CORO.

II.

La diadema brillante, preciosa,
Que circunda tu frente divina
Es la enseña que noble domina
Del ihero el leal corazón:
Embellecen tus lindos encantos
Azucenas de nívea blancura,

Y te besa la brisa mas pura
Que sonríe en la etérea region.

CORO.

III.

Tus bandos alegres se abrazan
Con las huestes de España guerreras,
Mientras flotan las régias banderas
Ostentando blasones sin par.
Isabel, Isabel bendecida,
Toda España recuerda su historia
Y por darte, mi Reina, mas gloria
Nuevos triunfos anhela alcanzar.

CORO.

IV.

Tu reinado será venturoso,
Y tus héroes por nadie vencidos
Volverán á ofrecerte rendidos
Sus tesoros, su inmenso poder:
Y la Bética rica en jardines
Dejará sin premiar vencedores
Aunque junte sus lauros y flores
Y en guirnaldas los llegue á tejer.

CORO.

V.

Ave hermosa, de plumas plateadas
Te acarician rizados los mares
Arrojando en la playa á millares
Sus coronas de perlas y azul:
Y con rosas de rubios corales
Hoy marmullan en son de cariño
Colorando tu manto de armiño
Esmaltando tus velos de tul.

CORO.

VI.

Goza, goza, paloma bendita,
Que tu pueblo por siempre arrogante
Llevará tu estandarte triunfante
De otro mundo á la nueva region :
Sí, que fueron no mas españoles
Los soldados que alzaron un día
En Lepanto, Sicilia y Pavía,
De sus reyes el rojo pendon.

CORO.

*Reina hermosa, querida, inocente,
Angel bello, mimado del sol,
Dios proteja tu cetro luciente
Para dicha del pueblo español.*

A S. M. la Infanta

DONA LUISA FERNANDA DE BORBON.

Jóven águila elevada
en alas de perlas y oro
á la esfera iluminada,
sube hasta el celeste coro,
sube hasta ser coronada.

Sube á ostentar tu belleza
allá en la region divina
con orgullo y altiveza,
que el huracan no domina
el vuelo de la grandeza.

Es de grandeza tu vuelo,
de azucenas tu sonrisa,
tus miradas de consuelo,
y te mimará la brisa
que te separa del suelo.

Te guia el sol destellante
con esplendorosa lumbre,
acarícialo tu amante
que al fin el sol es gigante
y el gigante está en la cumbre.

No te encanten los luceros
aunque te adoren á una ;
que si brillan hechiceros,
nunca brillan los primeros,
son esclavos de la luna.

Sube orgullosa, atrevida ,
sin parar en los espacios
espuesta á caer perdida ,
vuela hasta verte ceñida
con diadema de topacios.

Vuela hasta el sol fulgurante
ya que su esplendente lumbre
te anima hermosa y amante ,
que el sol al fin es gigante
y el gigante está en la cumbre.

A LA REINA ISABEL.

Serafines alegres, aves del claro día,
Florestas matizadas, arrulladores vientos,
Arroyos murmurantes, dad á la lira mía
Vuestra mágia sublime, vuestros dulces acentos.

Quiero ofrecer guirnaldas y sonoros cantares
Al ángel que protege las glorias españolas,
Al cisne de pureza que veneran los mares
Porque en ellos se mire serenando las olas,

ISABEL adorada, esperanza risueña,
Por ti, por ti tendremos un porvenir florido
Y altivos levantando tu victoriosa enseña
Nuestras ruines miserias daremos al olvido.

Que eres REINA de España, REINA de los primores,
REINA de las virtudes, REINA de la ventura,
Balsámica azucena de agradables olores,
Día del sol fulgente en pos de niebla oscura.

ISABEL, ya cayeron los menguados reptiles
Que esparcian ponzoña cerca del sólio egregio,
Cuando empañar querian, los ambiciosos viles
Tus fulgidos brillantes, la luz del manto régio.

Tambien, tambien cayeron las turbas desleales
De los torpes vasallos comprados por el oro,
Se hundieron para siempre en negros lodazales
Quemándose los pechos con su cobarde lloro.

Tú entretanto adornada con flores de rubies
Te alzas como la oliva, la salvacion de Europa,
Y angélica, divina, cariñosa sonrías
Entre súbditos fieles y veterana tropa.

Ya tu sien coronástes con la rica diadema
De las remotas Indias, y la feraz España
Que inquietas te esperaban, como á feliz emblema
Velando por salvarte de usurpadora saña.

Flor blanca, flor esbelta de frondosa espesura,
Al desplegar tus hojas se alegra el horizonte
Y vienen á mimarte con besos de ternura,
Murmurando contentos, los céfiros del monte.

*Y hermosos querubines, aves del nuevo día,
Florestas matizadas, arrulladores vientos
Y arroyos argentados, te muestran su alegría
Con la mágia sublime de sus dulces acentos.*

El golfo levantando sus espumas rizadas
Teje para tu frente deslumbrantes coronas
De esplendentes corales, de perlas nacaradas
Que trae en sus cristales desde lejanas zonas.

Tus vasallos valientes, cumplidos caballeros
Entusiastas te muestran su acendrado cariño
Rindiendo todos juntos sus invictos aceros
A tus hermosas plantas de púrpura y de armiño.

Que eres linda azucena de agradables olores,
Día de sol fulgente en pos de niebla oscura,
REINA de las Españas, REINA de los primores,
REINA de las virtudes, REINA de la ventura.

A LA REINA CRISTINA.

Símbolo de la ley, y la virtud,
Prodigio de nobleza y de valor,
Del reino de Isabel gloria y salud.
Corona de los campos del honor,
Blanca flor que destierra la inquietud,
Serafin adorado y vencedor,
Astro benigño de ventura y paz
Vuelve á España sus dichas y solaz.

Vuelve con satisfecho corazon
Para gozar del triunfo y ser feliz,
Para premiar al bravo campeon
Que holló de los traidores la cerviz,
Que arrastró por el polvo su pendon
Cual por un lodazal viejo tapiz;
Vuelve á rasgar el lóbreo capuz
Que de tus ojos nos robó la luz.

Vuelve á los tiernos brazos de Isabel
Para llenar de encantos su vivir;
Para guardar amante su dosel
Y á Iberia en Paraiso convertir;
Para cambiar los campos en clavel
Y en brillantes los mares de zafir:
*Para que esta nacion no tenga igual
Y besen las demas su manto real.*

ODA Á ISABEL II.

El Rey acaba cuando el Rey se humilla.

EL AUTOR.

Benéfica heroína,
Madre de bendición, noble Señora,
Adorada Cristina;
Ciñete en feliz hora
Los laureles del reino que te adora.
En pos de penas tantas
Como le dió de envidia, turba fiera,
Encuentran hoy tus plantas
Florida la carrera
Que tu precioso llanto humedeciera.
Los traidores menguados
Que tu seno rasgaron con espinas
Cayeron desplomados
Como en oscuras ruínas.
Derrotadas las hordas asesinas.
Olvida si aquí fueron
De ingratitud villana los horrores...
Los leales vencieron
Y ante los vencedores
No llegan los cobardes salteadores.
Goza con los cantares
Que el reino de tu hijo agradecido
Te consagra á millares,
Al son del estampido
Con que alegra el cañon su noble oído.
Madres, niños, doncellas
Te bendicen: las flores de hermosura
Virgenes de Dios bellas,

Elevan á la altura
Por tu felicidad plegaria pura.
 Tu Isabel y tu Luisa
Encantan con sus besos cariñosos,
Y angélica sonrisa
Tus ojos tan hermosos,
Como en su ausencia tristes y llorosos.
 Contentos trovadores,
Gloria y orgullo del hispano suelo
Te prodigan loores,
Y con amante anhelo
Te rinden sus coronas, Luz del cielo.
 La entusiasmada tropa,
Que por tí logró el triunfo en la batalla,
Pasmando á toda Europa,
Te ofrece una muralla
En sus pechos que ahuyentan la metralla.
 No ceses en tu encanto
Sol de nuestra nacion, sol de los soles,
¿Quién piensa en el quebranto
Al ver los arrebales
De los brillantes cielos españoles?
 ¿Quién, junto al Paraiso
Se acuerda del reptil de cieno inmundo
Que emponzoñarle quiso?...
Su arrojo furibundo
Es la befa y escándalo del mundo.
 El pérfido soldado
Que robó tu diadema bendecida,
De ambicion abrasado,
Preparó su caída,
Porque llevó los lauros la vencida.
 Aureola de corales
Tus sienes y tus rizos hoy circunda
Con luces celestiales,
Tu pecho el gozo inunda,
Hermosa Madre de Isabel Segunda.
 Sé tú feliz con ella
Y con su celestial graciosa hermana,

Pura cual blanca estrella
Que la esfera engalaná,
Y en tus brazos levántalas ufana.

Los viles que ya fueron
No robaron tus goces seductores,
Los leales vencieron,
Y ante los vencedores
No llegan los cobardes salteadores

A LA REINA ISABEL II.

INSPIRACION, INSPIRACION amada
Que un tiempo mereciste cariñosa,
Ven, ven desde tu cénica morada
Ven á templar mi lira sonora;
Préstame una diadema enquirnaldada
De verdes mirtos, y encendida rosa
Para ceñir la linda cabellera
De la Reina mas pura y hechicera.

De una REINA prodigio de hermosura,
Cándido númen, serafin del cielo,
Estrella precursora de ventura,
En pos de tempestad y desconuelo,
Virgen, que sonriendo con dulzura
Calma de España el angustioso duelo,
Arcángel prepotente de esperanza
Que paz y glorias á la vez alcanza.

Hermoso cisne de nevada pluma,
La mar encantadora y lisonjera
Te rinde sus corales entre espuma
Y te deja su don en la ribera.
Rasga por verte el velo de la bruma,
Y tanto, niña hermosa, te venera
Que junta de tu reino á los confines
A millares sirenas y delfines.

Ved á ISABEL allí, bella, querida
Sobre el sólio que envidian cien naciones,
Vedla por sus vasallos bendecida
Guardada por invictos campeones:
Ved como nuestra enseña tan temida
Ostenta desplegada sus blasones,
Y cuál se afanan los hispanos fieles
Por ofrecer al trono mas laureles.

La REINA goza y se solaza amante
Contemplando del pueblo la alegría,
Del pueblo generoso y arrogante
Que venciera en Lepanto y en Pavía;
El que salvó impertérrito, triunfante,
Las fieras ondas de la mar bravía,
Y que sabrá vencer también ahora
Porque es su SOBERANA una Señora.

ISABEL, ISABEL, flor inocente,
De encantos y belleza maravilla
Cual brilla el sol en el feliz oriente
El cetro régio, como régio brilla,
Conserva su esplendor, vivo, luciente
Que el Rey acaba cuando el Rey se humilla,
Sé REINA, REINA mía, y tu memoria
Vivirá entre los lauros de la gloria.

A LA REINA CRISTINA.



SONETO.

Madre benigna del valiente hispano,
Prodigio de virtud, Reina querida,
Cierra en tu pecho la profunda herida
Que abrió la ingratitude con hierro insano:

Roto el pendon del déspota inhumano
Que vil martirizó tu hermosa vida,
Se alza España otra vez, valiente, erguida,
Para gozar los dones de tu mano.

Ya no hay mas que cumplidos caballeros
En torno de tus hijas y del trono
Que guardan invencibles los guerreros,
Murió la disension, murió el encono:

Bajó el traidor, como reptil que zumba,
Del suicida á la infamada tumba.

Á ISABEL II.

SONETO.

Reina adorada, soberana mía,
Cíñete la diadema en feliz hora,
Esa diadema real, deslumbradora
Que te quiso robar la alevosía.

Tus vasallos se inundan de alegría
Mirando sobre el trono á su Señora,
Por verse libres de la grey traidora
Que desoló la íbera monarquía.

Celestial Isabel, paloma pura,
Tú eres de España la esperanza sola,
Después de tanta ruina y desventura...
Reina cual soberana, y española.

Y la nación será si *reinar* quieres
Paraiso de gloria y de placeres.

A la Serenísima Infanta

DOÑA LUISA FERNANDA.

IDILIO.

Entre hermosos celajes.
De záfiro y nieve,
Con purpúreos encajes
Que blandó viento susurrando mueve,
Brilla el alba y platea los ramajes
De la arboleda que con giro breve,
Ondulando sombrea
Una rosa lozana
Que entre otras odoríferas se orea,
Como Reina gentil de la mañana.

De la aurora los fúlgidos destellos
Coronan de iris bellos
A la flor aromosa,
Que altiva se despliega
Riendo cariñosa
De manso río en la estendida vega.

Mil claveles gayados
Se elevan á la sombra de altos pinos,
En la márgen de arroyos argentados,
Que salpican de ramos cristalinos
A los señores del pensil fragantes
Con la rosa cumplidos y galantes.

La perla del placer por la belleza,
Por el preciado olor, por la blancura,
Por la linda esbelteza,
Bendice de atelies la hermosura

Y el matiz de los anchos tulipanes
Que anhelan ser de su beldad galanes,
El ígneo sol de estío
Mas y mas embellece
El verde praderío,
Y el cortejo de flores siempre crece.

Por fin un día, la gallarda rosa,
Que los céfiros miman con sus besos,
Se rinde cariñosa
A los dulces y tiernos embelesos
Que el clavel mas bizarro la ofrecía,
Y en la espesura de la selva umbria
Unióla su corola á la corola
Del rey de los verjeles
Bajo de un pabellon de mirabeles:
Allí campeaba sola
Entre lirios y aliso
Y creció en poderío tanto, tanto,
Que llegó á ser Señora por su encanto,
De aquel rico jardín del Paraiso.

Virgen de amor adorada,
Azucena real y pura,
Tú eres la flor encantada.
Que á tu sien
Guarda el Señor de la altura,
Allá en nacion respetada,
Una diadema segura,
Cual la corona envidiada,
Del Edén.

A LA REINA ISABEL.

HIMNO.

Música del Sr. D. D. Scarlatti de Albama.

CORO.

*Gloria, gloria á la REINA querida
Que se ciñe á su cándida frente,
La corona mas rica y potente,
La diadema del suelo español.*

*Gloria y prez á la virgen amada,
A la estrella de paz y ventura,
A ISABEL, á la flor de hermosura
Que veneran los orbes y el sol.*

I.

Cual serafin de esperanza
Todo contento y bonanza,
Todo belleza,
Todo pureza,
Todo virtud.

Rosa fresca encantadora,
Benéfica y linda aurora,
Bella, divina,
Grata, argentina
De suave luz.

Desde el escelso trono de nuestro rico suelo,
La REINA seductora que el cielo darnos quiso,
Esparce los placeres con su voz de consuelo
Y á la España convierte en gajo paraíso.

II.

Bajo brillante dosel
De espléndidos cortinajes,
Rie la hermosa ISABEL
Como temprano clavel
Entre frondosos ramajes.

REINA que el alma enamoras,
REINA que el vasallo adora,
REINA de las gracias pura,
Es prodigio de hermosura
Es de España salvadora.

III.

Angélica maravilla,
Perla de la mar orgullo,
Brisa halagüeña,
Suave, risueña
De almo frescor.

Azucena de Castilla,
De lindísimo capullo,
El pueblo hispano,
Te ofrece ufano
Laurel y amor.

Que al hélico recuerdo, de altivos infanzones
Que hasta el polo llevaron tus inclitas banderas,
El fuego de los héroes arde en los corazones
Porque otro mundo mire las enseñas iberas.

IV.

Tu madre escelsa en su seno
Te haga gozar mil caricias,
Y el cielo de hechizos lleno
En un porvenir sereno
Te guarde tantas delicias.

Que no hay encanto mayor
Ni mas cumplida fortuna
Que el cariño halagador
De quien besó con amor
Nuestros rizos en la cuna.

CORO.

*Gloria, gloria á la REINA querida
Que se ciñe á su cándida frente,
La corona mas rica y potente,
La diadema del suelo español,
Gloria y prez á la virgen amada,
A la estrella de paz y ventura,
A ISABEL, á la flor de hermosura
Que veneran los orbes y el sol.*

A LA REINA MADRE.

ODA.

Cuán risueña bonanza
Sucedió á la tormenta embravecida,
La estrella de esperanza
Por todos bendecida
Fulgura entre luceros suspendida.

Acabaron las penas,
Principiarón los goces, la dulzura,
Y alegres cantinelas
Resuenan por la altura
Cual gorjeo del ave en la espesura.

La Señora de armiño,
La que ciñe diadema de diamante,
La madre del cariño
Con sonreír amante
Vuelve á España su dicha en un instante.

La alegre muchedumbre
Se agolpa generosa, reverente,
Hacia la nivea cumbre
De pirene eminente
Traspuesta por Cristina felizmente.

Obsequios á millares,
Arcos, himnos, guirnaldas, bendiciones
Consuelo á los pesares,
Rinden los corazones
A la Reina que envidian las naciones.

El genio la venera
Porque ella con su genio prestó vida
A la gloria hechicera
De juventud florida
Que entre mil palmas se levanta erguida.

El alba torna sola
Cón sus vivos cambiantes, los cambiantes
De su linda aureola,
Que brillan destellantes
Cual ojos de bellísimos amantes.

Los blancos serafines
Que levantan la fama desde el suelo
Hasta ignotos confines,
Con incesante anhelo
Llevan el nombre de Cristina al cielo.

Y rios caudalosos,
Y arroyos, y torrentes, y cascadas
Y arbolados umbrosos
Con voces acordadas
Hoy celebran sus glorias envidiadas.

Los pajaros gentiles
Abandonan las altas cordilleras,
Y la siguen á miles
Por las ricas praderas
En que flotan pacíficas banderas.

Cuando en gallarda nave
Surcaba el mar la Reina encantadora,
La brisa era mas suave
Y el onda mugidora
Se mostraba tambien mas seductora.

El nublado horizonte
Se quedaba lucífero, sereno,
Verde y alegre el monte
Y el reptil su veneno
Vertía revolcándose entre cieno.

El valle, la colina
Se llenaban de ramos de colores
En forma peregrina;
Y daban mas fulgores
Los astros de la noche brilladores.

La creacion entera
Bendecia á la ilustre desterrada
Que tanto mereciera,
La demente ultrajada
Se olvida de la turba conjurada.

Solo se oye en su boca
De perdon y consuelo el blando acento
Que el padecer sofoca
Sublime sentimiento
Que la inspira el Señor del firmamento.

Bendicion á la dama
Que huyendo de traiciones y falsía
Supo elevar su fama
Y que en alegre dia
Premia el genio, el honor y la hidalguía.

Calmen hoy sus pesares
De la hispana lealtad las bendiciones
Que encantos á millares
Rinden los corazones
A la Reina que envidian las naciones.

A ISABEL II.

Pasó ya la tormenta destructora,
Y al disiparse el lóbrego nublado,
Vino esparciendo luz consoladora
El ángel de ventura deseado.

Allí está sobre el sólio de cien reyes
Cual emblema de paz y de alegría,
La escelsa protectora de las leyes.
La REINA de la hispana monarquía.

Pura como los céfiros de mayo
Que besan al brotar la fresa rosca,
Es sol luciente de benigno rayo
Y hace por siempre á la nacion dichosa.

ISABEL, maravilla de las bellas
Te ensalzan los poetas y pintores,
Te idolatran matronas y doncellas,
Te bendicen los bravos lidiadores.

Y todos en dulcísimos cantares
Te presagian con fé gloria futura,
Esperando el alivio á los pesares
De tu virtud y maternal ternura.

Candorosa Isabel, vírgen querida,
Desde mi oscuridad y mi abandono
Celebraré las glorias de tu vida
Y el poder de tú patria y de tu trono.

Niña de bendicion, blanca azucena,
¿Qué he de ofrecerte yo mas que cariño,
Y un pecho que de gozo se enajena
Porque te cubres con el régio armiño?...

¿Qué podré darte yo, linda paloma,
Del azor acechada en la espesura
Mas que mis versos cuando el alba asoma
Y mis plegarias en la noche oscura?...

La traicion al mirarte se aniquila
Víctima de sus crímenes, sus males,
Goza bajo el dosel, goza tranquila
Ya que el dosel salvaron los leales.

Que yo pobre cantor noble te adoro,
Yo admiro tus encantos, tu pureza,
Y la yoz de los ángeles imploro
Para cantar con ellos tu grandeza,
Pulsando en su laud las cuerdas de oro.

BIOGRAFIA

DE

S. M. la Reina Madre

DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON,



EL tiempo es el juez mas imparcial de nuestras debilidades y miserias. La ilustre señora que despertaba en leales corazones un noble sentimiento de cariño y gratitud, por ser mujer, y que merecia los mas respetuosos sufragios de un pueblo que todo se lo debía, por ser Reina, comprueba esta amarga verdad, y decimos amarga porque llega tarde, porque viene despues del desengaño, que hace volver la vista á lo pasado, y reconocer las huellas del huracan revolucionario. La excelsa Cristina que habia dado su mano á los que regaban con sus lágrimas el suelo extranjero, que habia sostenido nuestras patrias libertades, abriendo á la juventud y al talento las puertas del enmohecido templo de las ciencias, protegiendo á los desgraciados y confiando el porvenir de los destinos españoles á la juventud que es, hoy dia, el orgullo de la nacion; esta ilustre protectora, esta hija de reyes, esta madre de nuestra inocente Soberana ha recibido de manos de un soldado imprudente y ambicioso el óleo revolucionario con que queria ungirle un movimiento enemigo de *personas*, porque en las *personas* creia hallar su dicha. ¡Estéril revolución! La Reina madre ha sabido sostener su dignidad, y el pueblo español desea recobrar el titulo de noble y leal que ha conquistado en todos tiempos por su hidalguía y heroismo. Ya llegó el tiempo en que, el pueblo ex-

traviado en su vértigo democrático ; por una multitud facciosa, ha reconocido su ingratitud y su injusticia, y en las repetidas oyaciones que recibe de los que vieron llegar el lábaro de la insurrección hasta sus plantas, hay una demostración espontánea de nobleza, de generosidad que heredamos desde nuestros abuelos, cuando la desgracia persigue á los reyes.

¿ Quién no reconoce en la carrera triunfal que hoy trae la excelsa Cristina, que las simpatías y el entusiasmo que existen hacia ella, son hijos de un entusiasmo adormecido por ambiciones que se perdieron, como arreboles de un oscuro celaje, un entusiasmo que cuenta entre sus recuerdos los años de 1837 y los de 1840? La augusta Madre habia sido el diestro piloto que salvára á nuestra patria de la tormenta que el Norte de España habia recogido, y cuando recibió las exigencias de la ingratitud, de la anarquía, de la rebelion, no quiso mirar convertido el manto régio en una faja de general, y renunció á que la espada de un valiente militar moviese otra sangrienta guerra civil, de la que sacarian fruto los mas encarnizados enemigos de los mismos revolucionarios. ¡ Ilustre Señora !! La excelsa Cristina siempre se presenta á los ojos de los que tienen en poco esas vagas clasificaciones de *partido*, porque no representan mas que *palabras*, ni pueden *organizar* mas que como desórdenes, una Reina sábia, protectora, generosa y grande.

Los pocos años que pasaron, han producido las mas sangrientas escenas y los mas atropellados atzamientos ; desdichada la nacion que se arrastra en el fango de las venganzas ! Desbordadas las pasiones que habian nacido en el anterior régimen constitucional, animados los mas con la impunidad que sanciona la repetición de los peores crímenes, ahogado por un soldado de fortuna, ese gigante del Norte que tenia de centinela al partido revolucionario, todos se buscaron salida para seguir en la carrera de las defecciones, y marcharon de motin en motin, pagándose de sus efímeros triunfos. Los que no querian que el pueblo fuese súbdito, le hicieron soldado.

Hoy cesaron las mezquinas pasiones de los que comerciaban con los hombres, y llegamos á un saludable periodo de restauracion. La excelsa Cristina vuelve á su España querida, abrazando á la delicada flor que ocupa el trono de Isabel I y Carlos III. No mas revolucion: no mas sangre. Ahora se combatirá una institución que representa nuestra nacionalidad ; que es la com-

pañera de nuestras glorias y nuestros triunfos: desde el 19 de noviembre de 1843 el pueblo está delante del *Trono*, cuando antes llegaba á los pies de los ministros. La llegada de la augusta Madre señala esta época de prosperidad y de gloria, y nosotros, jóvenes que escribimos con el entusiasmo de los antiguos poetas, que llegamos hasta aquí sin mancha en nuestros corazones, consagraremos algunas páginas á una reseña biográfica de S. M. la Reina Madre, que será escrita con la generosidad de nuestros pocos años, y la nobleza de nuestros sentimientos que antes que nada... son ESPAÑOLES.

En 27 de abril de 1807 nació en Palermo doña María Cristina de Borbon, hija del rey de las Dos Sicilias, don Francisco I, y de doña María Isabel, infanta de España: estos cuidaron de darle una educacion esmeradísima, universal, y la augusta Princesa les hizo concebir lisonjeras esperanzas, correspondiendo despues á ellas dignamente. Muy pronto la régia vírgen se hizo tan notable por sus adelantamientos en las ciencias y bellas artes, como por las gracias de su belleza que llegaron en alas de la fama hasta la corte de Castilla.

Estaba Cristina en los mas tiernos años de su juventud, cuando su hermana Serenísimá Doña Luisa Carlota, esposa del Infante Don Francisco, inclinó el ánimo del Rey Don Fernando VII, viudo entonces, á que tomase en matrimonio á la bella flor de Italia que despues embalsamó con sus perfumes los pensiles iberos. A pesar de la fuerte oposicion que los realistas fanáticos hicieron á este proyecto, secundados por el ministro Calomarde, nada consiguieron, porque el Rey no vaciló en llevarle á cabo, entregando su mano á la augusta Princesa que ya cautivára su corazon.

La vida política de Cristina empieza en esta notable época de nuestra historia contemporánea, formando una série de triunfos y desgracias, de placeres y dolores que llega hasta nuestros días. Teniendo en poco las ruines maquinaciones empleadas para evitar el dicho so enlace del Rey de España con Cristina, saluada mas allá de los Pirineos por los liberales emigrados, el 11 de diciembre de 1829 entraba triunfante por las puertas de Madrid, despues de haber recibido en su viage las mas inequívocas muestras de cariño, repetidas con entusiasmo en la capital de la Monarquía.

En todas partes se hicieron festejos, y de todas las plumas

salieron composiciones que revelaban una alegría y una satisfacción indecibles. Este suceso inaugurado con tan buenos auspicios, produjo en seguida continuas desventuras para la augusta Madre de nuestra Reina y llegó un tiempo en que se miró, como dijo en su sentido y solemne manifestó á la nación en 1840, «su cetro convertido en una caña inútil y su diadema en una corona de espinas» y que se vió obligada á despedirse de sus hijas con la amargura de una madre, y la solemnidad de una Reina.

Desde el momento en que se sentó al lado de su esposo, no cesaron de perseguirla los azares mas crueles, pues la rodeaban enemigos interesados en que la sucediese en el trono un príncipe que representaba sus opiniones, mientras que ella daba á conocer su bondad y sus generosos sentimientos. Al lado del moribundo Rey engañado por astutos cortesanos, renuncia á la felicidad de su hija para entregarse á las esperanzas desconsoladoras de una alma devota; acometida en la Granja por un hombre desconocido que mas tarde paseaba en triunfo por las calles de Madrid, no es la Reina humillada, sino la Madre bondadosa que todo lo abandona por la felicidad de la tierna Isabel; y mas tarde, cuando la ingratitude de un ambicioso y un puñado del pueblo se acercó á su palacio, mintiendo su antigua hidalguía, no fué la orgullosa Reina que recibió la espada que un valiente colocaba á sus pies, sino que renunció á sus derechos con decoro y dignidad, pisando en Valencia las últimas páginas de una efímera revolucion. Cristina se nos presenta siempre benéfica, siempre bondadosa, siempre grande.

La enfermedad del Rey se agrava en términos de que es acometido por repetidos espasmos, y de esta suerte los esfuerzos de los realistas son extraordinarios, y los verdaderos españoles ofrecen sus vidas á la Reina madre. Hé aquí una de las terribles escenas en que se halla envuelta, de manera que siguiéndola con la vista desde 1836 á 1840, parece destinada á ser mártir de nuestras disensiones. Pronto conoció Cristina el peligroso terreno en que le colocaran las circunstancias, y ya tierna madre y viendo con profundo dolor que su esposo caminaba presuroso al sepulcro, se olvidó de la soberanía de la tierna é inocente Doña Isabel II para entregarse á los tormentos de un alma amante y sencilla que á todas horas pedía por la salvacion de Fernando VII.

La mujer del infante Don Carlos y la princesa de Beira que se unieran á los enemigos de nuestra soberanía, llevaban consigo gran número de personas de todas condiciones; pero el Rey en cambio para evitar todos los elementos de discordia por parte del partido realista, trata de restablecer la pragmática-sancion de 1789, y con esta providencia corta el hilo de una revolucion que se desbandó mas tarde por el Norte de la Península.

La augusta Cristina era entonces el blanco de todas las maquinaciones; el objeto de todos los planes; porque ella habia sido el ángel tutelar que colocara un nuevo vástago de los Borbones en el trono de San Fernando.

Sus primeras disposiciones cuando su esposo le encargó el despacho de los negocios, poco despues de revocar la sancion de la pragmática que firmara seducido por alevosos consejeros, fueron la amnistía á muchos de los que recorrían los países extranjeros, acto de justicia y liberalidad que cantó con trompa épica un poeta de aquellos tiempos, y la apertura de las universidades que una mano déspota habia condenado á la soledad. Estas medidas daban á conocer las benéficas intenciones de la Reina madre, y eran una prueba de que se declaraba protectora de las ciencias, despues de serlo de las artes, fundando el brillante conservatorio que llevaba su nombre. Con la venida de los emigrados se renovaron las amistades y las venganzas: los realistas conspiraban, y los liberales se declararon defensores de la *bella estrella* de Nápoles.

Seria tarea enfadosa cópiar aqui los nuevos peligros de que se vió rodeada la Reina Madre cuando se hizo cargo de los negocios, conociendo que sobranaban conspiradores. La solemne revocacion del codicilo que firmára el Rey, «sorprendió» como él ha dicho en este documento, ha serenado un tanto la angustia de su esposa, y libre de las penalidades que le rodeaban, consagró algunos momentos al arte encantador de la pintura.

Mas tarde, declarada la inocente Isabel II, Princesa de Asturias, y saludado este acontecimiento con aclamaciones de los pueblos y públicos festejos, fue señalado con el destierro del infante don Carlos que sufriria lá misma pena que Eguia, Moreno y otros. La fatal hora se acerca: el Rey cae gravemente enfermo, y en la mañana del 29 de setiembre de 1833 entrega su alma al Todopoderoso. La augusta Cristina recoge en sus brazos el último aliento del monarca español, y al dia siguiente

quiere saber de una vez la suerte que correrian ella y sus adoradas hijas. Felizmente el Rey declaraba á la Reina madre Gobernadora del Reino, tutora y curadora hasta que alguna de sus hijas cumpliese los diez y ocho años de edad; y desde este dia recogió las riendas del gobierno al eco del cañon traidor que inauguraba en las provincias Vascongadas una guerra civil que haria amargos los primeros años del nuevo reinado.

En 1833 la situacion de España era sobrado tumultuaria. Se levantaban facciones por todas partes, se desarmaban los *voluntarios realistas* para reemplazarlos como áncora de salvacion los *milicianos urbanos*, y extendiendo la Reina Gobernadora su decreto de amnistía, se declararon defensores del trono de la tierna Isabel, los que mas tarde habian de obligar á su augusta Madre á una ridícula humillacion.

La promulgacion del *Estatuto Real* que era un sistema de treguas entre el partido de la reforma y el partido conservador, la cuádruple alianza que desmentian secretas cooperaciones que tomaban el aspecto mercantil para no ser censuradas por las leyes internacionales, daban mucha autoridad á la situacion, pero el primero de estos dos hechos despertó en los que deseaban conservar sus fueros y sus preocupaciones un nuevo deseo de levantar de la gerarquía de príncipe á su favorecido. Desde aquí se ha desarrollado otro elemento adormecido por el brazo de hierro de un despotismo que los llevara al extranjero, y vacilante la Reina madre entre estos dos poderes que á la vez le censuraban, pasaba los dias envuelta en las tormentas militares del Norte y en las secretas maquinaciones de los clubs. Por un lado se combatian los dos partidos en las cortes con audacia fundados en esperanzas que realizaria la fuerza, y por otro la guerra tomaba incremento, merced á repetidas defeciones. En esto sube al ministerio de Hacienda el tristemente célebre Mendizabal con el aparente pensamiento de concluir la guerra civil en dos meses y de reformar el Estatuto, y no consiguiendo nada de estos dos propósitos, renuncia el cargo que le encomendaran, y este acto es la señal de alarma para que levantasen los revolucionarios el labaro de la rebelion, pidiendo el código de 1812 y la caida del ministerio.

El 12 de agosto de 1837 llegan hasta el Palacio de San Ildefonso varios grupos de soldados conducidos por el sargento García, y ébrios con lisonjeras promesas, se acercan á la cá-

mara real obligando á la augusta Madre, no solo á que declarase era su voluntad el proclamar la Constitución de 1812, sino á firmar esta manifestacion, perdiendo en-ello su dignidad de Gobernadora. Los sucesos de la Granja llegaron en alas del viento á Madrid, los revolucionarios recorrieron las calles haciendo alarde de su triunfo, y pudiendo ocultarse los ministros el infeliz Quesada fué la víctima precursora de los pronunciamientos que desmoralizaron los pueblos con sus repetidas destituciones. La faccion de don Carlos alentada por las continuas discusiones que habia entre el partido liberal que perseguia á sus antiguos correligionarios como lo hicieran antes con los conservadores, se espárcen en gruesos cuerpos de ejército que recorren la Península con la audacia que les inspiraba la molición de un jefe que esperaba del choque de los partidos más triunfo que de los encuentros de sus enemigos. El 18 de junio de 1837, despues que Espartero entrara vencedor en Bilbao, y de que las fuerzas de don Carlos se atrevieran á pasar el Ebro, la Reina Gobernadora seguida de su hija juró la nueva Constitución del Estado que llevaba en si un pensamiento democrático envuelto en prerogativas ficticias concedidas á la corona. Los sucesos de la Granja anunciaban la rebelion de Barcelona: el sargento Garcia era el precursor de Espartero. Los revolucionarios amenazados por las tropas de don Carlos que se acercaran á Madrid, repiten con entusiasmo el nombre de la Reina madre, porque sabian que con su nombre el ejército liberal combatiría á sus enemigos, y llevados de sus miras ambiciosas no respetan los deseos de la augusta Cristina que por sobrado condescendiente habia caido en una contradiccion que perjudicaba á su dignidad y á su poder.

Los revolucionarios hacen de los colegios electorales un campo de Agramante, y poniéndose en desaenredo el general en jefe con el ministerio, la Reina madre confiada en la lealtad de un soldado que deseaba llegar á su puesto, sucumbe á la generosidad de su corazon y desprecia los consejos de los que veian que el nombre de Espartero figuraba en la lista de los revolucionarios. Cristina fué sobrado confiada: no bastaba la arrogancia del general ni el desagrado con que mirara la suspension de las Cortes por el ministerio Perez de Castro, y el funesto comunicado de Mas de las Matas, porque el astuto caudillo confiaba en el prestigio que tenia, en el ánimo de la Reina y en la audacia de sus correvolucionarios.

y en cambio de la renuncia que la Reina Madre admite de cuatro de sus consejeros, este entrega la faja de mariscal de campo al antiguo secretario de Eguía.

Aquí comienza el terrible drama de 1840. La enfermedad de la ierna Isabel fué causa de que abandonase la corte acompañada de su adorada Madre, engañada por Espartero, y fijó su residencia en Barcelona, llegando á sus oídos los primeros ruidos de aquella revolucion que hizo derramar lágrimas de amargura á la que diera la libertad y la salvacion á sus enemigos. Cruzábanse planes é intrigas, la infidelidad hacia alarde de sus innobles pasiones, y dividido el poder entre Madrid y Barcelona, favorecia á los revolucionarios este foso que ellos llenaban con amaños y complot. En el calor de las ocultas tramas favorecidas por Espartero, llegó á Barcelona la famosa ley de Ayuntamientos, y en tanto que en el Consejo de ministros se discute su aprobacion despues que conocia Cristina que se contaba á Espartero en el número de sus enemigos, éste y el ayuntamiento de la capital de Cataluña tratan de dar á la rebelion un título *patriótico*. El 13 de julio se supo la aprobacion de la ley de Ayuntamientos: el 16 recibe Cristina la renuncia que hace Espartero de todos sus títulos y condecoraciones, y el 18 se despidе de ella el ingrato general para declararse abiertamente por los rebeldes. A los pocos dias estalló un motin formado por el pueblo que recibe las inspiraciones del ayuntamiento, y los ministros hacen dimision de sus destinos. En tan peligroso conflicto, la augusta Señora llama á Espartero y á Van-Halen para que respondiesen de los extravíos á que pudiera dar lugar la multitud seducida y engañada por falsas promesas, y luego acepta los candidatos que aquel le presenta para ministros. Al punto ponen estos en manos de la Reina Madre su programa, y Cristina está en desacuerdo con él, porque su nobleza é hidalguía no podian tolerar una proscripcion de empleados y una suspension anti-constitucional de las leyes votadas en las Cortes que ellos querian disolver. El nuevo ministerio enmudeció, y aquella aparente calma que sucedió á esta entrevista de cuatro horas, fué la señal de la rebelion de Madrid que luego se extendió por las provincias, y que colocó á Espartero á la cabeza del movimiento.

Entonces, aunque tarde, conoció la Reina Madre que la rebelion era contra su persona, y dirigió una carta al ingrato general cuya contestacion le hizo ver que éste estaba decidido á abandonarla á los amotinados. Al momento nombra á Espartero

presidente del Consejo de ministros, encargándole la formación del nuevo gabinete, y este luego se presenta entregándole un programa que de ningún modo podía aceptar sin faltar á su dignidad, porque entre otros artículos era uno la aprobacion de todos los actos de las juntas revolucionarias. La Reina Madre abdica la regencia, y se despide de sus hijas para llorar en tierra extranjera su extremada confianza.

Ahora quedan dueños de la situacion los pronunciados: hay destierros y prisiones, se renuevan empleados, y muchos corren la suerte de Cristina llegando á la vecina Francia. La augusta Señora luego que llega á Marsella rectifica la renuncia en un manifiesto que es la mas triste página de su historia, y se entrega á la amargura de un corazon desengañado, y á la tristeza de una Madre que llevaba en el pecho la imagen de sus hijas.

Asentado el nuevo órden de cosas comenzaron nuevos resentimientos, nuevos odios; y llegó un tiempo en que el palacio de Buenavista era el asiento de una tiránica dictadura. Dios es justo, y lo son tambien los pueblos cuando no caminan estraviados por mezquinas pasiones. Llegó el tiempo de la expiacion, y los partidos no pudieron sufrir la regencia del ambicioso que no contento con usurpar su título á una augusta Señora que le hiciera *duque* y *conde*, pero no *caballero*, la exoneró de otro cargo que como Madre la pertenecia, contra cuya disposicion protestó Cristina, y por la cual en octubre de 1841 un puñado de valientes se llegaron á Palacio á rescatar de manos opresoras á sus tiernas hijas, conduciendo al sepulcro al esforzado Leon, que fue á la par el triunfo y la muerte de un soldado que tomaba el nombre de la revolucion para lograr los sufragios del pueblo. El desengaño llegó tarde; pero la nacion fue justa y le lanzó de la tienda de campaña cubierto con el manto real al que hoy vive olvidado en un *Strand* de Lóndres. Desde el alzamiento de junio comenzó un periodo de restauracion para nuestra asolada patria, y la augusta Soberana vuelve hoy á España con las bendiciones de un pueblo que la adora. La Providencia nos devuelve á Cristina, y al pisar la cámara de los monarcas de Castilla contemplará con orgullo á su adorada hija, porque la encuentra *Reina*, y ver establecidos en España el *orden* y la *paz* que es de lo que viven los pueblos cuando son felices. De todas las provincias, de todas las corporaciones recibe homenaje de consideracion y respeto, por todas partes cruzan comisiones y felicitaciones, y en las ciudades de

su tránsito se levantan arcos triunfales, y la poesía y la música, y la pintura se disputan sus mágicos encantos para celebrar la llegada de la augusta Cristina. En el corazón de los españoles hay un entusiasmo grande, general, arrebatado, que viene á consolarla de los dolores que sufrió bajo los sombríos techos de Malmaison. Con la llegada de la Reina Madre se despiertan en los pueblos los nobles sentimientos de gratitud y veneración que son una herencia en los pechos españoles, y gozaremos de una paz que tanto anhelan los que se interesan por la patria.

No mas venganzas! No mas sangre! La libertad es el orden, sin orden no hay monarquía, y con la monarquía perecen las revoluciones como las sombras con el sol.

LA
INOCENCIA PERDIDA.

*Macies et nova februm
Terris incubuit cohors;
Semotique prius tarda necessitas
Letha corripuit gradum.*

HORATIUS.

LA
INOCENCIA PERDIDA,

POEMA EN DOS CANTOS.

POR

D. FÉLIX JOSÉ REINOSO.

NUEVA EDICION.

ARREGLADA Á LA QUE PUBLICÓ EN PARIS EN 1840

DON EUGENIO OCHOA.

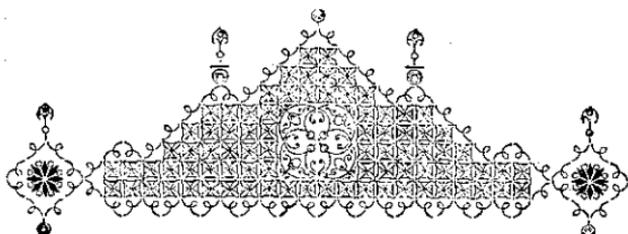


SEVILLA:

Establecimiento Tipográfico.

1845.





NOTICIA BIOGRÁFICA

DEL

SEÑOR DON FÉLIX JOSÉ REINOSO.

DON FÉLIX JOSÉ REINOSO, Dean de Valencia, ministro del tribunal supremo de la Rota española y caballero comendador de la orden americana de Isabel la Católica; estudió por espacio de doce años las ciencias eclesiásticas en la Universidad literaria de Sevilla, su patria. En 1795, de acuerdo con sus condiscípulos D. Alberto Lista y D. José María Roldán, estableció una academia de letras humanas que duró hasta 1801, apreciada en el reino por sus obras, y por el mérito de haber difundido los principios del buen gusto literario en esta ciudad, de donde puede asegurarse, que cuantos jóvenes han descollado en literatura desde aquella época, le debieron su educación ó la han debido posteriormente á sus mas notables individuos, que todos desempeñaron luego cátedras de varias enseñanzas. El poema

de la *INOCENCIA PERDIDA*, impreso en 1804, que publicamos segun la edición hecha en París en 1840, por D. Eugenio de Ochoa, con las últimas correcciones de su autor, fué, así como otras de sus obras, premiado por aquella academia.

En 1801 obtuvo el curato de la parroquia de Santa Cruz de la ciudad de Sevilla, que sirvió con singular celo hasta 1811. Además de sus oficios pastorales que le han grangeado grata memoria en aquella feligresía, instituyó una junta de caridad, cuyo reglamento fué presentado como estímulo y modelo á los demas señores curas por su amigo el oidor D. Joaquín María Sotelo, encargado por el Real Acuerdo para propagar en la población semejantes instituciones. Por medio de esta junta estableció en su parroquia la hospitalidad doméstica, proporcionó lactancia y escuela á los niños desvalidos, y socorrió todo género de necesidades. En su casa estableció la vacunación pública y gratuita, logrando generalizarla en este gran pueblo, donde anteriormente se habia malogrado semejante empresa, y fomentarla en otros de la provincia.

En el hambre que se padeció en esta ciudad en 1811, en que morían muchos infelices por las calles, formó dos hospitales de desfallecidos de ambos sexos, en que se dió á mas de 700 curacion y convalecencia esmeradas. Auxiliábale y compartía con él estas y otras útiles tareas su gran amigo el Escmo. Sr. D. Manuel Lopez Cepero, á la sazón cura del Sagrario, y hoy Dean de la Santa Iglesia de Sevilla.

La Sociedad Económica de esta ciudad le confirió por aclamacion, á fines de 1815, su cátedra de humanidades, suspendida algunos años, en cuya restauracion leyó un discurso *Sobre la influencia de las bellas letras en la mejora del entendimiento y la rectificacion de las pasiones*, que publicó la Sociedad. Para su desempeño, que duró cinco años, ordenó un curso filosófico de literatura, escrito por él en gran parte originalmente, y del que existen algunas copias aunque incompletas.

Asociado por la Diputacion Provincial de Cádiz á sus tareas facultativas, desde mitad del año de 1820 hasta el último tercio de 1825, estendió muchos escritos, ora en apoyo

de los intereses económicos de la provincia, ora para el orden de su administracion, ora para el fomento de su prosperidad. De ellos se imprimieron, entre varios otros, diferentes proyectos de nuevas poblaciones en su distrito, un *Modelo de ordenanzas municipales*, y el *Plan del censo de la provincia*, formado por un nuevo sistema que se espone en una introduccion razonada y en gran número de tablas ó estados, para presentar la poblacion bajo todas sus relaciones y aspectos físicos, políticos y religiosos.

En la misma época publicó en Sevilla sus *Reparos sobre los capitulos primeros y sobre el estilo del proyecto de código penal*, obra muy apreciable, y en la que se demuestran sus profundos conocimientos como filósofo, y como jurisconsulto.

A principios de 1827 fue nombrado por el Sr. D. Fernando VII, primer redactor de la Gaceta de gobierno, cuyo destino sirvió por tres años bajo las instrucciones de este. Dejó esta plaza por habérsele conferido la presidencia de una comision encargada de formar la estadística general del reino, cuyos trabajos, proyectados y reglamentados por él no lograron entonces ejecucion. Posteriormente se han intentado realizar en parte por el ministerio de la Gobernacion de la Península, circulando de real orden en 1837 una instruccion trazada sobre aquel plan y acomodada á las nuevas circunstancias.

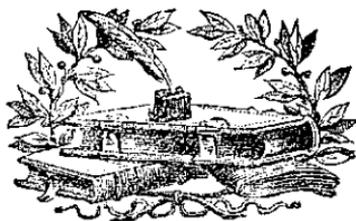
En febrero de 1833 fue comisionado por el Rey con otros dos sujetos de conocida ilustracion para preparar todos los decretos, comunicaciones, formalidades y ritos de la jura de S. M. nuestra actual REINA, como heredera del trono, examinando las actas y registros de estas solemnidades en el espacio de cuatro siglos.

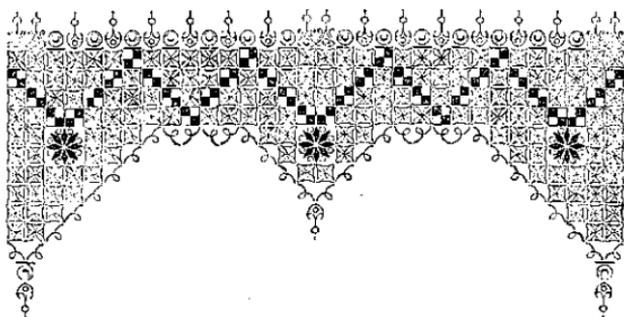
En el año siguiente le nombró S. M. individuo de la Inspeccion general de imprentas y librerías de que fué decano por mas de dos años hasta su supresion en 1858.— Antes se le habia conferido por el Rey difunto el deanato de la Santa Iglesia Metropolitana de Valencia, y habia sido presentado á Su Santidad para juez auditor del Tribunal de la Rota en 1833.—Desempeñó de real orden otras muchas

comisiones y encargos literarios.—Falleció por último este ilustre sevillano, cuando evacuaba y meditaba otros de la mayor importancia, en Madrid á principios de 1841.

En 1816 publicó en Francia el *Exámen de los delitos de infidelidad á la patria, imputados á los españoles bajo la dominacion francesa*, obra muy conocida y apreciada, que fué impresa primero en Auch, y despues en Burdeos. De ella se ha hecho una nueva edicion en Madrid en 1842.— En los últimos años de su vida se ocupó en reunir materiales para otra obra importante sobre el *Diezmo*, que dejó trazada en una *Memoria* que aun no se ha publicado.— Ha dado á luz otros opúsculos sobre materias de legislacion y literatura, y varias poesías diseminadas, todas de un mérito sobresaliente, cuya mayor parte se halla en el *Correo de Sevilla*, periódico literario publicado en esta ciudad á principios del siglo.—De desear fuera que algunos de sus discípulos ó ilustres amigos se dedicasen á formar una coleccion completa de ellas, en lo que prestarian un gran servicio á nuestra literatura.

Nosotros entre tanto, satisfaciendo á la impaciencia del público, que hace tiempo reclamaba con ansia una nueva edicion de la *INOCENCIA PERDIDA*, nos apresuramos á ofrecérsela como una de las mejores joyas de nuestro Parnaso moderno.





LA

INGENCIÓN PERDIDA.



CANTO PRIMERO.

Recibe el plectro ya, profana Clio,
Que de Bétis me diste en las riberas,
Do con labios de risa el canto mio
Remedáron sus ninfas placenteras:
Hora vuela mi acento al sacro rio
Que de Eden fertiliza las praderas,
Y dividido en plácidos raudales,
Baña el Ofir arabio de corales.

Y en las regiones, do el primer viviente
Moró apénas en cándida inocencia,
Mi voz repita á la futura gente
El precio de su altiva inobediencia;
Y como el triste padre delincuente
Tornando en males la dichosa herencia,
Su linage entregó con vil desdoro
A muerte, á esclavitud, á eterno lloro.

Tú que del hombre la infelice historia
Trasládaste á los siglos inspirado,
Hora el hecho recuerda á mi memoria
Que lo arrojó del venturoso estado.
Tú me dá el santo ardor con que la gloria
De Dios cantaste al pueblo libertado;
Y el mundo criminal temblando vea
Del celeste furor la horrenda tea.

Yacia, berida la orgullosa frente,
En medio el hondo abismo el ángel fiero,
Despues que el Hacedor del brazo ardiente
Indignado lanzó el rayo primero.
En su revuelto seno sordamente
El caos tembló, cuando al mayor lucero
Oyó entre la rebelde muchedumbre
Derrocado caer de la alta cumbre.

El levantando pálido el semblante,
Despavorido al espantoso trueno,
Revuelve en derredor la vista errante
Vibrando llamas é inmortal veneno.
Brama, y al alarido horrisonante
Retumba ronco el cavernoso seno:
«Dioses, dice, ¿me ois? ¡ah! no vencimos;
«Mas no entienda Jehová que nos rendimos.

«Lanzados fuimos del celeste imperio,
«Lanzados fuimos ¡ay! La suerte ciega
«Triunfar les dió, y á infame cautiverio
«Los mas altos espíritus entrega.
«Vuela Miguel, y sobre el cerco aério
«Triunfal insignia vencedor desplega,
«Y trofeos arbola: el claro polo
«El nombre de ese Dios aclama solo.

«Suya fué, no lo niego, la victoria;
«Mas nuestro es el valor. El yugo odiado
«De servirle rompimos: esta gloria
«No borraré jamás fuuesto hado.
«Renúvese á los siglos la memoria
«De nuestro noble ardor: *de fuego armado;*
«Dirán, *al cielo se atrevió el abismo.*
«El atreverse solo es heroismo.

«No desmayeis, ó príncipes; no en vano
«Hijos sois del olimpo. Renovemos
«El conflicto primero, y al tirano
«Nuevo orden de batalla presentemos.
«El determina en su consejo insano
«Otros seres crear; y en los supremos
«Tronos á par de sí levantar quiere
«No sé cual hombre vil que nos impere.

«O Dioses! ó furor! Los que ante el fuego,
«Que el solio cerca de Jehová, su furia
«Ostentaron un tiempo, ¿en vil sosiego
«Verán con sesgo rostro tal injuria?
«Ah! no, no será así; que en ira ciego
«Aun respira Luzbel. La raza espuria,
«Si á gozar llega de la torpe vida,
«Perezca en sus principios destruida.

«Perezca el orbe. El desrollado velo,
«Que en vivos rayos tornasola el dia,
«Rotos los ejes caiga: estalle el cielo,
«Y los soles sepulte noche umbría:
«En son horrendo derrumbado el suelo
«Ruede al abismo: guerra, guerra impía.
«Cobrad, Dioses, cobrad vuestros furores:
«Serémos, yo os lo juro, vencedores.

«Los rayos aprestad. Del lago oscuro,
«Do en sombras mora el erizado espanto,
«Saldré á la odiada luz del cielo puro:
«Del cielo, el cielo... ¡ay triste! ¿así en quebranto
«Se torna mi furor? mi pecho duro,
«Mi celeste nobleza á imbecil llanto
«Podrá abatirse? ¿Yo? ¿Luzbel? ¡Oh! tema,
«Tema el que usurpa la mansion suprema.

«Saldré á la odiada luz: yo seré espía
«De sus obras; veré cual la accion fiera
«Deba ordenarse. Al arma, ó hueste mía,
«Al arma: tiempo habrá que en lisongera
«Paz canteis la victoria.» Así decía
El soberbio, y la ruda cabellera
Vedijada de viboras se eriza,
Y en su frente silbando se encarniza.

Qual de Vesubio el cráter vacilante
Tiembra alterado y espantoso brama:
Álzase el humo en grupos ondeante
Y en vellones de luz tal vez se inflama:
Súbite el negro abismo horritonante
Columnas brota de sangrienta llama,
Y el derretido fuego abriendo calle
Voraz torrente se despeña al valle:

Rápido corre la feraz campaña
Allanando las selvas; el arado
Y el buey tardo arrebatá, y la cabaña
Rueda y el pastor dentro descuidado:
Hunde las altas cúpulas su saña,
Vuelca estruendoso el artesón dorado:
Cae sobre el mar sin aplacar su ira,
Y por las ondas encendido gira:

Tal raudo sale del abismo horrendo
Envuelto en negras llamas el impío,
Y la garganta con rugido abriendo,
De fuego arroja ensangrentado río.
Tembló abierta la sima con estruendo,
Y en aullido espantoso el reino umbrío
Se oyó tronar. A la tranquila tierra
¡Ay! se lanza Luzbel, clamando guerra.

La dulce llama, que de lumbre viste
El aire puro y al viviente ánima,
Volando en rayos trémulos, embiste
Los ojos que enfermara el ciego clima.
Túrbase, y con las manos la faz triste
Cubre al rosado albor, que le lastima:
Vacila, y con pie errante se apresura;
Párase luego, y observar procura.

Tercera vez la celestial lumbrera
A la noche rasgaba el pardo velo,
Derramando sus brillos por la esfera,
Que el aire hienden en sereno vuelo.
Fugada ya la lóbreguez primera
Que vistió de negror el rudo suelo,
La blanda luz resbala por las flores,
Y levanta reflejos y colores.

El ave aun sin haber labrado nido,
Las plumas bate sobre el aura fría,
Y prueba á sostenerse, el cuello erguido,
Que mil cambiantes con la luz envía:
Y cuando ya el poder ha conocido
De las temblosas alas, su alegría
Publica, variando el dulce acento,
Que balbuciente imita el mudo viento:

El viento enantes mudo, que pausado
Al despuntar de la primera aurora,
Osó apénas de aljófares bañado
Besar las flores que la luz colora;
Mas al hallarse súbito sembrado
De los medidos tonos que aun ignora,
Se esconde por las grutas, y suave
Remeda el canto que escuchó del ave.

En tanto la ovejuela en la llanura
Gozoso el pecho con la nueva vida,
Celebra á par del lobo su ventura,
Y á triscar con alhagos le convida.
O si vuelve los ojos á la altura,
Ve las aves vagar embebecida,
Y á sus cantares, de ella no sabidos,
Responde simplecilla con halidos.

Mas cuando el Hacedor con fuerte mano
Los mudos senos lóbregos quebranta
De la nada vacía, y el humano
Del no-ser á la vida se levanta,
Unidos corren en tropel afano
Cuantos animan á besar su planta;
Manso el tigre y la víbora inocente
Con sus lenguas le alhagan blandamente.

Y en mil y mil hileras agolpados,
Cual las olas de Océano, se estienden,
Cubriendo en torno los herbosos prados,
Que Tigris y Gehon sonoros hienden.
Los pájaros al aire derramados
En colorida turba se desprenden,
Cual nube que matiza en oro y grana
Coronada de lirios la mañana.

Las alas plegan con murmurio blando,
Y en medio alzado, cual señor, el hombre,
Se posan silenciosos, esperando
La multitud reciente les dé nombre.
Adan las palmas al empíreo alzado,
«¡O Eterno! clama... En inmortal renombre
«Decidle gloria, ó cielos! Decid gloria,
«Y ensalzad, ó vivientes, su memoria.

«Himnos, gloria decid...» Al sacro acento
Responde con dulcísima armonía
El coro de las aves: ledo el viento
Los blandos sonos por la esfera envía.
Jamás gozó natura tal contento,
Ni dorando á Himalaya el nuevo día
Tal alborada oyó. Las arpas de oro
Pulsa el empíreo al cantico sonoro.

Del alto solio de zafir luciente,
Do en eterno esplendor velado posa
Sobre llamas, que el manto trasparente
Penetran á la noche silenciosa,
Con el cetro apartó el Omnipotente
Las nubes que su gloria misteriosa
Esconden al mortal; y en la alta cumbre
Se vió á Jehová vestido en viva lumbre.

Y el rostro escelso que los cielos dora
Cuando de la alta frente nace el día,
Tomando al hombre, despidió á deshora
Un mar de luz por la region vacía.
Adan postrado al Hacedor honora
En himnos mil y cantos de alegría:
El gran Dios se complace en ver su hechura,
Y se inunda de júbilo natura.

Solo gime Luzbel. Lánguido hielo
Los miembros le desata: la faz yerta
Aparta sin color, y en tardo anhelo
Desmayado respira; ni aun acierta
A huir turbado, que el inmoble suelo
Falta á su vista errante: mueve incierta
La floja planta en pasos mal guiados,
Y al fin se arroja á los ardientes vados.

Calóse presto el monstruo, y la infiel gente
Huyó espantada al pavoroso estruendo.
Tal ardua roca sobre el mar pendiente,
Cuyas olas contino están batiendo
Su asiento carcomido, al rayo ardiente
Rajada se desploma en son horrendo:
Abrese el mar en círculos undosos,
Y entorno huyen los peces temerosos.

En medio el lago del eterno lloro
Quedó el dragon enorme derribado;
Tal que del alto Cenis á Peloro
Tendido el monstruo sobre el golfo airado,
Do Scila brama con hervir sonoro,
A un numeroso ejército, ordenado
En largas filas, diera paso abierto
Por sus espaldas al lejano puerto.

Y del largo desmayo con sollozos
Alzando la cerviz: «¡Ó fiera suerte!
«Necio! clama: ¡cuán necio entre destrozos
«Arrastrar pensé al hombre á cruda muerte!
«Solo yo moriré; y en puros gozos
«De mis iras burlando, el lodo inerte,
«La planta, ¡ó rabia! estenderá atrevido
«Sobre el trono á Luzbel solo debido.

«¿Y no habré de vengarme? ¿La alta silla,
«Mi solio impune ocupará? ¿Y mi diestra
«Hora yacerá inmóvil? ¿Así humilla
«El valor de Luzbel suerte siniestra?
«¡Ó infamia! eterna infamia! la rodilla
«Doblar no quiso la soberbia nuestra
«De una deidad á confesar el nombre,
«¿Y hoy, ¡tristes! cederemos á un vil hombre?

«Mas ¡ay! cedamos, el tirano injusto
«Así lo quiere. El universo entero
«A su imperio entregó, cual templo augusto
«Do sacrificio ofrezca duradero.
«Intérprete del mundo, el feudo justo
«En cantos de alabanza al ser primero
«Rinde el humano, y á su voz se inflama
«Y al gran Autor la creacion aclama.

«Todo, todo le adora: fiel tributo
«Le rinde todo. ¿Quien el fuerte lazo,
«Que el orbe liga al déspota absoluto,
«Cortar pudiera? y al mortal, ¿qué brazo
«Arrancar de sus aras? Solo un fruto,
«Uno entre tantos, mientras en breve plazo
«La tierra habita, el Hacedor le veda.
«¡A tan vil precio nuestro cielo hereda!

«¡Ay! no (creedme, dioses,) no es posible
«A nuestras fuerzas su eternal ventura
«Contrastar... ¡odio inútil!... cuán terrible
«Se aumenta mi dolor! La lumbre pura,
«La luz que yo gocé... ¡memoria horrible!
«¡Tiempo, tiempo dichoso! Mas aun dura
«Mi obstinacion: el fuego, el fuego ardiente
«Solo quiero: Luzbel no se arrepiente.»

Así el fiero clamaba, y turbulento
En discorde algazara el torpe bando
Su discurso interrompe. Cuál su intento
Aplauda ya, las armas arrojando;
Cuál cobarde le llama, y el asiento
Rebatar piensa y el tartáreo mando;
Cuál se arma á la batalla, y furibundo
Él solo intenta desolar el mundo.

No así en torrentes rápidos cayendo
Dividido el Niagára ronco suena,
Cuando rompe sus ondas con estruendo
Contra el profundo escollo que lo enfrena:
Ruge al embate el agua, y resurtiendo
En montes de vapor, el campo atruena:
Oye el fragor de lejos ignorante,
Y la planta suspende el caminante.

He aquí en medio el tumulto en ira ardiendo
Se levanta Satan, Satan que altivo
Asiste siempre junto al solio horrendo,
Y á Luzbel en el choque primitivo
Sostuvo audaz. Su gran masa moviendo,
De la turba se alzó entre el fuego vivo,
Cual preñada de rayos negra nube,
Poniendo espanto el horizonte sube.

«¿Y vosotros también, ó compañeros,
«Estirpe del olimpo, en vil desmayo
«Yacereis? dice. ¿Así, invictos guerreros,
«Apartais de la diestra ocioso el rayo?
«El rayo asolador, que los luceros
«Del firmamento en el primer ensayo
«Centellar vieron pálidos un día,
«Cuando el valor en nuestro pecho ardía..

«Y ya cual los cobardes campeones
«Que, velada la faz, ante el tirano
«Se postran palpitantes ¿los blasones
«De dioses olvidais? El vil humano,
«El polvo os ha de hollar. Ved, ¡ay! los dones,
«Los timbres ved de que os gloriais. Ufano
«El cuello someted al nuevo yugo,
«Al dueño imbécil que al tirano plugo.

«Mas ya en los rostros todos arder veo
«El antiguo furor. Tú, ó rey, destierra
«Un temor afrentoso, y nuevo empleo
«Haz de tus huestes en segunda guerra.
«Manda armar las falanges: sí, trofeo
«Del que osó contra Dios, será la tierra;
«Y cuando fuese nuestro ardor vencido,
«¿Qué perderá quien todo lo ha perdido?

«Los mas audaces de tu gente elige
«Contra ese vil mortal; y si en su daño
«No el valor aprovecha que los rige,
«Aproveche á lo menos el engaño.
«Yo pretendí ser dios...; ¡cuánto me allige
«Este voraz recuerdo, que acompaño
«Con estéril gemir, gemir eterno!
«Ay! ser dios quise, y arrojé un infierno.

«O rey, este fatal atrevimiento
«Ha de inspirarse al hombre. Ose insolente
«Su asiento alzar ante el escelso asiento,
«Do sostiene los mundos el Potente.
«Ose igualarse á Dios; no en fiel acento
«A la deidad adorará obediente;
«Y siendo en el orgullo igual contigo,
«Igual será tambien en el castigo.

«De padre pecador progenie impía
«Diseminada por el orbe estenso,
«Las aras hollará do el fuego ardía
«En oblacion perenne ante el Inmenso.
«Del oriente inflamado á la onda fria
«Do la luz muere, el usurpado incienso
«Elevará el mortal en ritos sacros,
«Postrado á vuestros mudos simulacros.

«Sí, que el mundo os honore: que devotos
«Su adoracion, su sangre y aun sus vicios
«Os tributen los pueblos. Pendan votos
«Ante Bel en soberbios edificios:
«Caigan, de humanidad los lazos rotos,
«Infantes á Moloc en sacrificios;
«Y el orbe sometido grave entonces
«Vuestros nombres en mármoles y bronces.

«Y entonces tú, Camos, de castos lechos
«El pudor alanzando, los infaustos
«Placeres brutos bajo sacros techos
«Acepta en religiosos holocaustos:
«Y tú, Baäl, en los humanos pechos
«Sufocando el amor, que en nudos faustos
«Los enlazára, enciende el feroz brio,
«Con que devore al hombre el hombre impío.

«¡Tiempos, siglos dichosos, cuando al mundo
«De la ciega ambicion ciego heroismo
«Lance en sus iras el Erebo inmundo,
«Y el hierro dé al mortal contra sí mismo!
«Por entre espigas que en tapiz fecundo
«Doraron la campiña, el fanatismo
«Hará correr en espumante senda
«La derramada sangre en lid horrenda.

«Y entre amarillos huesos hacinados
«Trofeo al árbol, ya sin fruto ni hojas,
«Descuelle adusto en los marchitos prados,
«Cargado de armas mil en sangre rojas.
«O rey, ó dioses, tan funestos hados
«Al hombre acclerad; y entre congojas
«Fallezca, ¡oh sí! fallezca el vil linaje,
«La infame raza del averno ultraje.»

«Fallezca,» el feroz príncipe responde;
«Mas no, invieto Satan, tu ardiente celo,
«¡Ah! no te arroje á nuevas lides, donde
«Triunfe otra vez el enemigo cielo.
«Mas cierto el fin alcanza, si se asconde
«La débil fuerza bajo astuto velo.
«¿Quien osó mas que yo? mas ví al humano,
«Y flaco mi furor senti y mi mano.

«Tú pues sube á la tierra, y cauteloso
«Haz que el viviente indócil se rebelé
«Contra su criador.» No así horroroso
El taladrado bronce flechar suele
Globo de ardiente hierro, que alevoso
Destroce al hombre y su morada asuele,
Cual jurando al mortal eterno estrago,
Saltó Satan del llameante lago.

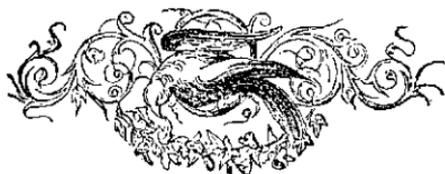
Al mundo se fulmina: en vivo fuego
Nadando giran los sangrientos ojos.
Sus pasos la soberbia sigue luego,
Y audaz saciar ofrece sus enojos.
;Disforme, horrendo monstruo! El rostro ciego
Los cielos amenaza: en sus arrojos
Tiende las negras alas, y sombría
Cubre el dorado sol y roba el día.

La torpe inobediencia la acompaña
El duro cuello erguido: corre presta
La descarnada muerte, y su guadaña
Aun no teñida, á la batalla apresta:
La crin revuelta, y en herviente saña
Brotando sangre toda, el hierro asesta
La guerra impía; y la traicion de flores
Cubre el dardo que vibra en sus rencores.

Con tardo páso lánguida camina
La hambre desmayada: ronco gime,
Y la plegada faz el llanto inclina,
Regando el suelo del humor que esprime:
La enfermedad pajiza se avecina
A la arada vejez: vil hierro oprime
La triste esclavitud. Siguen fatales
Los vicios, la impiedad, todos los males.

Y aullando ronco el ominoso bando,
Cual negra tempestad corre sangriento;
Los árboles destronca; el giro blando
Detiene al ave con su torpe aliento.
La alma inocencia el escuadron infando
De lejos ve: con maternal lamento
Vuela al hombre, y en lágrimas desbecha
A su regazo tímida le estrecha.

¡Día de horror! infausto! Tú el primero
En abundosa vena el lloro diste
A los mortales: lloro lastimero,
Que en sollozos ahoga mi voz triste.
Tú, ó sol, subiendo alegre el hemisfero,
A Adan dominador del orbe viste;
Y apagando en el mar tu viva lumbre,
Viste á Adan en acerba servidumbre.





CANTO SEGUNDO.

Veló en tanto la faz de grato ceño
El Hacedor, y del semblante augusto
Súbito entre celajes nació el sueño,
Al malvado terror, solaz al justo:
Vuela entorno del hombre, y halagüeño
Vierte en sus miembros apacible gusto:
Toca entonces su pecho el Dios potente,
Y fabrica de un hueso otro viviente.

No en tierno brillo la risueña Aurora
De oriámbar pintando el vago cielo,
La frente eleva de la mar sonora,
Sembrando perlas al florido suelo:
Ni de gualda y carmin Iris colora
En ledos visos el nubloso velo,
Cual á los ojos se presenta hermosa
Del feliz hombre la feliz esposa.

Nudo en ambos el cuerpo, mas celado
En dulce lumbre de inocencia pura,
Cual Febo en vivas ráfagas velado
En su esplendor esconde su figura.
No allí bastarda herencia del pecado,
Rudas vestes cubrieron la alta hechura,
Do hiciera entre sus obras larga nuestra
De su inmensa beldad la eterna diestra.

Mas ¿qué lengua, almo Dios, habrá que baste
Del espíritu á hablar? ¿del sacro aliento,
Que del seno eternal fuera lanzaste,
Encendiendo en el hombre el pensamiento?
Espíritu divino, tú inflamaste
Del sabio rey el misterioso acento,
Que inspirado por tí, del alma santa
El dulce amor y la belleza canta.

Tú el placer le enseñaste y las delicias
Del tierno esposo en el regazo puro
De la esposa lazado entre caricias,
Y el blando beso, de su amor seguro.
Las breves horas al mortal propicias
Tú recuerda: tu enciende el labio impuro:
Y mi voz cantará la complacencia,
El candor y la paz de la inocencia.

Que nos ¡ay tristes! en mortal quebranto
Lanzados al nacer, no conocimos
La venturosa edad: en turbio llanto
Anegados los ojos, la luz vimos.
Tú, solo tú... ¡Mas ah! mi débil canto
Desmaya. ¿Y que? ¿dijera los opimos
Frutos de la inocencia un mortal ciego,
Si ya ardiera su labio el sacro fuego?

Los dos lazados en sabroso nudo
Pisaban inespertos los vergeles
Del aromoso Eden. So el pie desnudo
De Adan se elevan súbito claveles;
Do fija Eva sus plantas, el menudo
Césped brota azucenas: en pos fieles
Les dan aves y fieras vasallage.
¡Padres felices de infeliz linage!

Alza la vista Adan: por la ancha esfera
Morada inmensa del radiante día,
Ve al sol nadar en luz, y en su carrera
Llover vida á los seres y alegría.
El frutecido suelo considera,
Del mar bullente la tenaz porfia
Por asaltar la tierra; y dueño solo
Se ve de Cinosura al otro polo.

Las tiernas flores de la frente ufano
Desciñe Febo al estrellado toro,
Y mezcla en la balanza al rubio grano
De la doncella alígera tesoro. (*)
Sube al fogoso carro; y de su mano
Desparce rosas entre espigas de oro,
Y embalsamando el céfiro de aromas,
Racimos llueve y olorosas pomas.

Ve el universo Adan; ve su morada,
Y queda inmóvil, cual del suelo pario
Brilla en real jardín piedra animada
Por mano de famoso estatuario.
Eva lo ve, y examinar le agrada
Las varias plantas, el ramage vario
Que en colgantes sus flores eslabona,
Y entolda el prado y el pensil corona.

Mueve el pie terso hácia el nevado rio,
Que por cauce de lirios resbalando,
Aquí el jazmin retrata, allá sombrío
Mecido el olmo por el aire blando.
Alzan las crestas sobre el lecho frio
De argentados vivientes mudo bando
Por ver á su señora, y ella en paga
Los lleva á su regazo y los halaga.

Tal vez se llega quedo á la onda pura
Por saber lo que guarda el blanco seno,
Y entre guijuelas de oro su figura
Mira temblar bajo el cristal sereno.
Ya en la frente del toro con blandira
La palma asienta; ya en el bosque ameno
Párase á oír la alondra, que gozosa
Vuela del árbol y en su mano posa.

En medio el paraiso su guirnalda
Sobre palma y ciprés frondoso estiendo
Árbol bello, que en ramos de esmeralda
Lucientes pomas de carmin suspende.
Árbol funesto, á cuya umbrosa espalda
Blandida al aire su guadaña tiende
La Parca, hambrienta del fatal tributo
A que convida el engañoso fruto.

Eva lo entrevé y tiembla; ni se atreve
A adelantar la temerosa planta:
Alza los ojos paso, y ya la mueve
Curiosidad de ver belleza tanta.
Late el pecho anheloso, y lanza breve
El mal cogido aliento: ya adelanta
El pie... infelice, huye: muerte, muerte
El tronco infausto de sus ramos vierte.



Llega al árbol fatal... Profeta santo,
Dame lágrimas, ¡ay! tu lloro triste
Me dá, y el verso do con flébil canto
El cautiverio de Sión gemiste.
¿Podrán cien lenguas el eterno llanto
Decir del universo? Tú me asiste,
Tú esfuerza mi sentir. Llorad, vivientes,
Todos vais á morir, futuras gentes.

Llega debajo el árbol, cuando presta
Horrenda sierpe de la hojosa cima
Súbito se desrolla, y vibra enbiesta
La aguda lengua que Satan anima.
Plega en arcos la espalda, la alta cresta
Sobre la inmensa mole se sublima.
Eva á su vista pavorida huyera,
Si temor la inocencia conociera.

Del monstruo el pecho llena, y rige astuto
El vil traidor. El escuadron de males
Cerca entorno al dragon con negro luto,
Quien comienza inspirado en voces tales:
«¿Porqué un ciego precepto el dulce fruto
«Así os veda tocar? Sois racionales;
«Sabed la razon dél.» Consejo aleve,
Que á examinar la ley y á hollarla mueve.

«¿Temeis morir? prosigue; no os asombre
«Una amenaza fútil. ¡Oh! bien sabe
«Porqué os aterra Dios; quiere que el hombre
«Bajo vil yugo á su opresor alabe.
«Dioses seréis cual él: tan alto nombre,
«Tan gran saber é independencía cabe
«A quien el fruto divinal percibe:
«Sabed ya la razon que os lo prohíbe.

«¿Do está esa libertad? ¿el albedrío
«Do está, de que os gloriais? Esclavos viles,
«Esclavos os llamad, ó el señorío
«Cobrad, que en vano os dieron: ó serviles
«Vasallos sed, ó dioses: os lo fio,
«Podeis serlo: elegid.» A las gentiles
Ofertas Eva por el fruto arde,
Y por hacer de independencía alarde.

Cual Sirio ardiente ó el nevoso Arturo
Cuando descende al mar, su luz envía
Del olmo traspasando el toldo oscuro
Que susurrante mueve el aura fría:
Ora vivo reluce el fulgor puro,
Ora se anubla entre la copa umbría;
Ya mengua el disco trémulo, ya crece,
Ya en centellas se parte y desaparece:

Así de Eva la mente vaga incierta;
Ya se anima, ya teme. El fruto bello
Del ramo á troncar iba, y paró yerta
La mano, y yerto se erizó el cabello.
Otra vez y otra torna: ¡ay triste! cierta
A nuestra eterna infamia puso el sello:
Comió... ¿Qué mas diré? comió. ¿Do ardiente
El rayo está del vengador potente?

Comió, y al fiel Adan, que respetoso
Ni aun el árbol mirara, el don presenta:
Niégase el hombre con horror medroso;
La voz de la muger Satan alienta:
Insta atrevida, y ruega: el tierno esposo,
Aunque el futuro estrago le amedrenta,
A los ruegos cedió; que por su daño
Fué amor mas poderoso que el engaño.

La poma al labio llega, cuando al cielo
Alzó acaso la vista, y de su mano
Cayó el fruto perdido: un mudo hielo
Cuajó densa la sangre al pecho insano.
Dos veces Eva con osado anhelo
Tornó á la mano lasa el don profano;
Dos veces cayó de ella: y ¡triste suerte!
Al fin se anima para darse muerte.

Gustó la poma Adan, y el universo
Sintió súbito el crimen. La alta esfera
Cubrió entre sombras el semblante terso
Que los globos de lumbre reverbera:
Troció favonio en aquilon adverso
El soplo recreador: de rabia fiera
Se vistió el bruto; y su obsequioso oficio
El orbe todo convirtió en suplicio.

Vióse desnudo Adan: la seductora
Vióse desnuda, su candor perdido,
Cual pisado clavel se descolora
Lánguido sobre el vástago partido.
La bella, dulce luz encantadora,
Rayo de luz eterna desprendido,
¡Ay! se oscuroó en su faz, antes delicia,
Maldicion ya de la inmortal justicia.

Vióse, y se avergonzó; y al bosque denso
Corre turbado, y su ignominia esconde,
Las venganzas temblando del Inmenso,
A quien creyó igualarse. Mas ¡oh! ¿dónde,
Donde huirá del Señor? Del orbe estenso
Patente el seno ve: á su voz responde
La muda nada en el abismo oscuro:
Su faz vuelve la sombra en fuego puro.

¡Ah! vióle, sí, de su encumbrado asiento,
Y ardió súbito en ira: del semblante
Un mar corrió de llamas: ardió el viento,
Las montañas ardieron. Fulminante
Tronó en su enojo, y retembló al acento
Bajo su planta el mundo vacilante:
Cubrióse el trono en centellantes nubes,
Y sus rostros velaron los querubes.

Airóse Dios, y en la encendida mano
Presto el rayo nació: la ondosa llama
En puntas sube, y por el aire vano,
Brotando entre los dedos se derrama.
Iba á lanzarlo ya, y el soberano
Verbo, alzado en su trono, el cielo inflama
En luz de gloria que á la tierra umbría
Amor, su faz bañando, difundía.

Cuando al morir los siglos caiga ardiendo
Desde su cumbre el sol, y el regio trono
Sobre su hoguera asiente, y al estruendo
De la trompa y los rayos, en su encono
Lance los astros en el caos horrendo;
No así parecerá. Dulce patrono
Hora del triste humano, amor le apiada,
Amor le ofrece ante la diestra alzada.

«Padre,» dice, (y los cielos la carrera
Suspenden á su voz:) «Padre, mi gloria,
«¿Tu bella imagen á la saña fiera
«Entregas de Luzbel? ¿De su victoria
«El impostor se jactará? Él espera
«Vengar de su castigo la memoria
«Con el castigo del mortal amado,
«Objeto dulce de tu escelso agrado.

«¿Y triunfará el infiel? Bondad inmensa,
«Sola bondad y amor, es nuestra hechura,
«Es tu hijo el mortal: su grande ofensa
«Mas gloria á tus piedades asegura.
«¡Oh! ¡viva el hombre! Tu poder suspensa,
«Y mi poder admira la natura:
«Hora admire tu amor... llore el impío
«Que sus traiciones frustre el amor mio.

«Sus traiciones: rebelde en su malicia
«Sublevó tus falanges; fementido
«Hora seduce, y la inocencia vicia:
«Ambas maldades de Luzbel han sido...
«La espacion es forzosa: tu justicia
«Debe ser aplacada: no, no pido
«Que el rayo pongas sin vengar tu nombre:
«Lánzalo en tus furores sobre el hombre;

«Mas yo el hombre he de ser: yo su delito
«Satisfaré al morir: arde inexhausto
«Por salvarle mi amor: seré el precito,
«Seré tu maldicion; feliz de infausto
«Yo su crimen haré: vengá infinito
«Sobre mí tu furor. El holocausto
«De mi pasión, ó Padre, tú recibe,
«Y salva al hombre que en mi muerte vive.»

Hablaba el Hijo, y de rosada lumbre
Un arco desplegándose aparece
Entre Jehová y la tierra: y en su cumbre
Formado en cruz un leño resplandece.
A su vista la empirea muchedumbre
Se postra silenciosa: desaparece
Súbite el rayo de la airada diestra,
Y mezclado en el ceño amor se muestra.

«He aquí Padre, mi triunfo,» el sacro Verbo
Prosigue: «El ara ved en que inmolado
«Hostia del mundo, en la figura siervo,
«Mi sangre verteré por el culpado.
«O Padre, parto: el sacrificio acerbo
«Me llama: parto de tu seno amado
«A morir por los hombres, y en herencia
«Les dejaré tu paternal clemencia.»

«Sea, el Padre responde: así en mi mente
«Lo ordené ante la aurora, cuando ungido
«Te engendré de mi luz, Saber potente,
«Por quien los siglos hice. Fuiste oído
«En el tiempo agradable. Tú la gente
«Congregarás dispersa; y sometido
«Cuanto aquilon y el mar y el austro alcanza,
«Del mundo harás conmigo la alianza.

«Yo Dios, yo lo he jurado. Tú el eterno
«Sacerdote serás: serán tu herencia
«Los pueblos y naciones; tu gobierno
«Son las liades del mundo: tú sentencia,
«Que tuyo es el juicio. El hondo averno
«Postrarás; y el autor de inobediencia,
«En cien cadenas á tu cruz atado,
«Llorará el torpe solio derrocado.

«Ciñete y triunfa: en tu derecha mano
«La fortaleza va: tú el poderoso,
«Muere, sí; mas un brazo soberano
«Te alzaré de la tumba glorioso,
«Primicias de los muertos. Este arcano
«En medio de los siglos portentoso
«Se mostrará al mortal: en tanto llore,
«Y en tristes votos su salud implore.»

El Altísimo dijo: y dentro el seno
Lazado el Verbo y el Amor divino,
En su almo rostro de ternura lleno
Al hombre anuncian su feliz destino.
Depuso la justicia el rauda trueno
Que al brazo vengador sirve continuo,
Y abrazó á la piedad, que en blando sello
El labio imprime en su semblante bello.

Y «santo, santo,» en himno de alegría
Los serafines claman: «A tí gloria,
«Gloria al Dios Sabaot. La frente impía
«Del dragon tú domaste: la victoria
«Yace á las plantas de Jehová. ¡Oh! envía
«A tu Cristo, y el hombre la memoria
«De tus piedades con eterno canto
«Celebrará bañado en dulce llanto.

«Ven, ¡ó Jesus! Ya al mísero el tesoro
«De tu pasión destella su consuelo,
«Cual antes de nacer, sus rayos de oro
«El sol despunta en el oscuro cielo.
«Lloved, nubes, al Justo.» El santo coro
Cantaba, y de su trono en alto vuelo
Se levantó Jehová: la sacra esfera
En silencioso pasmo el fin espera.

Sube en carro de nubes, y elevado
En alas va del huracan: delante
Vuela un puerub, el brazo levantado
Con un dardo de fuego centellante. .
Satan en duro hierro encadenado
Arrastraba al humano, y arrogante
Triunfó, empezó á decir, cuando improviso
Aparece Jehová en el Paraiso.

«Huye, le manda, pérfido. ¿Creste
«Poder frustrar mi soberano intento
«De hacer feliz al hombre? Conquistaste
«El premio digno: tu furor sangriento
«El hombre postrará, y tu cuello triste
«Quebrantará su planta.» El sacro acento
Oyó Satan, y raudó desaparece,
Cual humo ante aquilon se desvanece.

«Vivid, mortales, y esperad: propicia
«Nacerá un tiempo la salud, que el llanto
«En gozo torne y celestial delicia:
«La salud nacerá; gemid en tanto.
«Gentes futuras, mi eternal justicia
«Adorad humilladas con espanto:
«Hijos de maldicion cuantos se animen,
«La marca impresa llevarán del crimen.

«Ellos, débil muger, de tus dolores
«Fruto serán. Y tú de esta morada
«Lanzado, irás donde tu culpa llores,
«Viendo la tierra en tu castigo armada.
«Gime, infeliz: angustias y temores
«Circunden tu existencia desdichada;
«Hasta que al polvo tornes do naciste,
«Y él cubra esa deidad que presumiste.»

Habló. De Eden el valladar no abierto
Se divide, y el árido camino
A los culpables muestra, del desierto
Do los arroja el precursor divino.
A su perdido bien con paso incierto
Vuelven la faz llorosa; y sin destino
Salen ¡ay! del solar de la alegría
Donde ¡infelice yo! nacer debía.



(*) Supuesta la creacion del mundo en otoño, se finge que el sol, estando á la sazón en el signo de Libra, donde tiene las pomas y racimos propios de aquel tiempo, reúne y mezcla en esta morada las flores quitadas á Tauro, ó á la primavera, y las espigas tomadas á Virgo, ó al estío, para derramar juntas en su carrera al primer hombre las cosechas de todas las estaciones.

A la gloria artística.

Grandiosa inspiracion! tu voz sublime
Resuena por la bética llanura,
Y el laud olvidado tierno gime
Del solitario bosque en la espesura.

El juvenil ardor lo ha descolgado
Del fúnebre ciprés donde pendia,
Y su canto naciente ha preludiado
Del muerto vate sobre la urna fria.

El sagrado esqueleto al escucharlo
Se sonrie tal vez en la honda fosa;
Acaso su alta sombra á acompañarlo
Saldrá rompiendo la pesada losa.

Yo la siento venir; tiembla mi lira
Al impulso divino de su mano,
Palpita el corazon, y fuego aspira,
Mi boca de su aliento sobrehumano.

¡Qué fatigante ardor! yo desfallezco,
Bulle mi ardiente sangre conmovida,
Y ante la yerta sombra me estremezco
Cual frágil caña de huracan batida.

Empieza á hervir en mí abrasada mente
De los pasados siglos la memoria,
Presentando á mi vista refulgente
Sus brilladoras páginas la historia;

Y entre el fiero clamor de la atroz guerra
Que al despedir cruel su hálito inmundo
En sangre baña la afligida tierra
Y eternamente despedaza al mundo,

Como el iris fugaz que en la tormenta
Se tiende por la nube denegrada,
El arte su fulgor divino ostenta,
Reanima el orbe, y á la paz convida.

¡Murillo, Zurbaran! ¡nombres que viven
Perpetuos como roca diamantina!
Las edades que vienen los reciben
De la edad que en el suelo se reclina.

Y siempre existirán, aunque los mares
Devoren cual un tiempo el continente,
Los bardos lo dirán en sus cantares,
Remotos volarán de gente en gente.

Que el nombre por el viento vuela solo
Aunque el hombre perezca y sus creaciones.
Murió allá en Delfos el soberbio Apolo
Mas conocen á Fidias las naciones.

Y es en valde que el cráter inhumano
Vomite de un volcan ardiente lava,
Que enmedio de las ruinas de Herculano
Halla el curioso el nombre que buscaba.

¿Y qué gloria mayor? ¿qué otra corona
Mas noble que el laurel luciente de oro?
¿Dónde mas bello amor que una *madona*
Sentada enmedio de celeste coro?

¿Qué mas grande placer que ver patente
De reñida batalla el vencimiento?
El héroe vive aun, y reluciente
Se ve la espada y el pavés saugriento.

Se ve fuerte escuadron en lontananza
Asaltar con vigor murada torre;
Se mira á un paladin romper su lanza,
Se ve á un valiente que al vencido acorre.

¡Accion sublime que el pincel retrata,
Hecho que immortalizan los cinceles!
Y la posteridad humilde acata
Los nombres de Vandik y Praxiteles.

Que el invencible tiempo no se atreve
A arrastrar al artista en su carrera;
Su férrea mano con pesar conmueve
Los prodigiosos mármoles de Herrera;

Y al desgastar furioso en la ancha Roma
El ya despedazado manto régio,
De su veloz cuadriga el fuego doma
Y respeta los lienzos de Correggio.

¡Gloria, gloria sin fin! alto renombre
Alcanza para siempre el grande artista,
Sin que la cruda guerra ya le asombre,
Ni el bárbaro faror de la conquista.

En buen hora coloque sus pendones
El inculto agareno donde quiera;
En buen hora ignorantes mil naciones,
Del mar inunden la árida ribera;

Del agua vagaresa el torbellino
Repetirá su nombre murmurando;
E impulsada tal vez por el destino
De roca en roca volará sonando;

Y al abismarse en el confin remoto,
Retumbando en cavernas de zafiro,
El salvaje tronar del fiero noto,
Lo elevará al empíreo en rauda giro.

MIGUEL TENORIO.

La Calavera.

Y tú fuistes tambien: tambien un día
 Sobre los hombros de un mortal te alzabas,
 La hueca tumba con desden mirabas,
 Juzgándote inmortal.

Mas nada pudo de morir salvarte;
 Pasastés ¡ai! como pasó tu sombra,
 Cual pasará tambien el que te nombra,
 Cual todos pasarán.

Cuando la voz tronando del potenté
 Caiga desecho el trono y el palacio,
 Entonces ¡ai! en el inmenso espacio
 Sola su voz se oirá.

Que hasta ese sol que vió del primer hombre
 La paz hermosa de su ser primero,
 Alumbrará la tumba del pastrero,
 Y morirá despues.

¡Y entónces ¡ai! si posible fuera
 Romper la losa de la tumba quieta,
 Y reanimar la mente de un poeta,
 Y darle su laud!

Donde alcázares hubo, ancho vacío,
Profunda oscuridad do luz había.....
Hay en la destrucción mas poesía,
Mas que en la creación.

Mas inspiran la mente del poeta
Los restos de Pompeya y Hereulano,
Que el alcázar soberbio del tirano
Que aun se mantiene en pié.

Arde agitada recorriendo ansiosa
Los anchos campos de Austerlitz y Jena,
Pero vuela despues á Santa Elena
Y allí se inflama, allí.

Por eso bella ninguna
Inspiró la musa mía,
Como esa cabeza fría
Ese hueso que vivió.

Bajo su cráneo quizá
Hubo ardiente fantasía,
Quizá el gérmen de poesía
Allá en su seno brotó.

Y á esa frente descarnada
Al soplo de helada muerte
Quizá aprestaba la suerte
Inmarcesible laurel.

Quizá el destino del orbe
En su mente revolvia,
Y allá en sus sueños veía.
Régia corona y dosel.

Mas ora en vez de ese solio
Que imaginó tu deseo
Coronas al mausoleo
Que se levantó al poder;

Pero el pueblo en su plegaria
Nunca se acuerda de tí,
Le estas infelice allí
Recordando otro que fué.

Junto á la cruz colocada
Eras signo religioso,
O sarcasmó vergenzoso
Lanzado á la humanidad:

Mortales, que en ella solo
Veis de la muerte un emblema,
Sabed que es un anatema
Escrito en la eternidad.

Enseña lo que es el hombre
O lo que ser debería;
Recuerda futuro día
O es recuerdo del de ayer:

En su mirar nos revela
La existencia de otra vida,
O esa esperanza querida
Nos arrebató cruel.

Hermosos ojos quizá
Brillaron en esos buccos
Miradlos ¡ai! están secos
Secos quizá de llorar;

Y llorar por una ingrata
Que de tu suerte se ríe.....
Tal vez te olvida y se engríe
En brazos de otro mortal.

El mismo labio que tu
Entre los tuyos sentías,
El mismo donde imprimías
Ardientes besos de amor,

Quizá besa ya otro labio,
Pronuncia otro juramento.....
Torna á la vida un momento,
Castiga á la desleal.

Tiende tu mano huesosa
Sobre su manchado lecho
Y en su palpitante pecho
Unde el sangriento puñal:

Y gota á gota su sangre
Cayendo sobre tu losa,
Ejemplo será á otra hermosa
Y ofrenda á la sociedad.

Mas no sientas tu destino
¿Qué es, infelice, la vida?
Una esperanza fallida,
Una sombra nada mas.....

¿**Fué** tu destino perecer luchando
Del Guadalete en la sangrienta orilla,
Cuando rotos los tercios de Castilla
Triunfó el bravo Tarif?

¿**O** enemigo quizá del Nazareno,
Esclavo fiel del pérfido profeta,
Rasgó tu corazon mortal saeta
De un hijo de la cruz?

¿**Viste** quizá las naves aprestarse
Que al viejo mundo el nuevo entrelazáron,
Las naves ¡ay! que su quietud trocáron
En dura esclavitud?

¿**O** al respirar el aura de la vida
La voz de libertad habia sonado,
Y la espada miraste de un soldado
Por un cetro trocar?

(10)

Ondó respeto tu mirar me inspira,
Tu fuiste un día como ahora soy;
Quien sabe si al morir el sol de hoy
Tal como tú seré.

FRANCISCO GRANDALLANA.

ROMANCE MORISCO.*La despedida de Omir.*

Linda Jaira, linda Jaira,
 Tan ingrata como hermosa,
 Mas dura que el alto riseo
 Donde se estrellan las olas.
 Levanta el enhiesto cuello
 De las pérsicas alfombras
 Que mullen el albo lecho
 Donde entre sedas reposas.
 Por piedad tu algimez abre,
 Sal á tus rejas ahora
 En que el astro de la noche
 Apaga su clara antorcha.
 Ahora que se escuchan solo
 Del Bauro las limpias ondas
 O al alto Generalife
 Meciendo las verdes copas.
 Ahora que acaso despierto
 Revolando entre las hojas
 El rui señor solo vela
 Cantando á la fiel esposa.
 Sal, sal que los blandos ayes
 Que dá la andaluza tiorba

Nunca venden los secretos
De la cita misteriosa.
Oye de tu Omir amante
Los suspiros y congojas
Que la mísera garganta
De pena y dolor ahogan.
Dime, te ruego, bien mío,
Si tu esquivez desdeñosa
Con mi humildad mas se irrita
Y su rigor mas redobla.
¡Ay! que si en delirio amante
Mi corazón mas te adora
Tú en su daño te conjuras
Y tu impiedad mas enconas.
Dos veces me repulsaste
Bien cual cruda cazadora
Que dos veces hiere al ciervo
Que á sus pies la vida implora.
¡Quién tal creyera, bien mío,
De tu amistad amorosa,
Quien desabridas razones
De tu voz dulce y sonora!
Primero encontrar creyera
Entre azahar la ponzoña,
O la astucia de las sierpes
En la inocente paloma.
Mas tal es mi suerte impía
Que do quier mi mano toca
En carbon torna las dichas,

Los gustos en vanas sombras.
 Si en la fuente el labio aplico
 Su puro raudal se agota,
 Para mi la blanda cera
 Se trocará en dura roca.
 Nadie es sensible á mi llanto,
 Nadie parte mis zozobras,
 Ajenos pesares siento,
 Y nadie ¡ay! conmigo llora. [2]
 Por ello tu amor buscaba
 Pensando ¡esperanza loca!
 Que mi triste desventura
 Moviera tu alma piadosa.
 Mas no, que mi puro fuego
 Solo tus iras provoca;
 Quien sabe si en este punto
 De mi dolor mas te mofas.
 ¡Ay! mal me pese esta llama
 Que me quema y me devora
 Sin consumir de la vida
 La trama sutil y odiosa.
 Permita Alá que en la vega
 Roto el arnés y la cota
 De la lanza de Gonzalo
 Halle la muerte mas pronta.
 Que este bien quiero deberle
 A tu impiedad rigurosa,
 O al soberbio castellano.
 Que nuestros campos asola;

Y al sentir dentro en mi pecho
 Que el corvo hierro se troncha,
 Descuidando la venganza
 Pues la muerte ¡ah qué me importa!
 Volveré los turbios ojos
 Al alto Alhambra en que moras,
 Por si en sus anchos adarbes
 A inquirir la lid te asomas.
 Verás de allí á mi caballo
 Corriendo, las riendas flojas
 Botar al yerto ginete
 En la arena polvorosa;
 Verasme en las negras andas
 Envuelto en fúnebres ropas,
 En los hombros de mis deudos
 Venir con lúgubre pompa;
 Verás mi pecho manchado
 Con mil huellas sanguinosas,
 Verás sin luz ya mis ojos,
 Cárdena la triste boca.
 Si esta imágen te lastima,
 Una lágrima tan sola
 Sobre mi tumba derrama,
 Y así aplacarás mi sombra.
 Quien sabe si al propio instante
 ¡Oh qué funesta memoria!
 A mi rival venturoso
 Darás de amor la corona.....
 Adios, Adios para siempre,

(13)

**Plegue Alá que pronto oigas
En lamentables endechas
El fin de mi triste historia.**

EL SOLITARIO.

(17)

A la Catedral de Sevilla.

FRAGMENTOS.

I.

De la fe y del entusiasmo
Soberana produccion,
De tanta generacion
Asombro, respeto y pasma,
Y del mundo admiracion:

Grande y magnífico templo
Digno del Omnipotente,
Que en tí mora eternamente:
Cuando absorto te contemplo,
¡Cuan alto vuela mi mente!

Sí, desde el espacio inmenso
Ve tu torre y botareles,
Y de Dios á los doseles,
Entre el humo del incienso,
Subir la voz de los fieles.

Ni la vista audaz que emplea
El aguila frente á frente
Con el sol, cuando campea
Allá en el zenit desea;
Ni su volar eminente.

Pues que de tí enamorada
Mas rauda vuela, mas ve:

Por las dos potencias, que
Te formaron animada,
El entusiasmo y la fe.

Sí, que en fe santa y entusiasmo ardieron
Los no contaminados corazones
De aquellos piadosísimos varones,
Que "levantemos al Señor" dijeron,
"Un templo tal, que la futura gente
Por locos nos repunte,
Cuando en él reverente
Busque consuelos y oblacion tribute."

A tales palabras luego
Ardió una generacion,
A quien diera el cielo en don
Un entusiasmo de fuego,
Una fe de exaltacion.

Y un pobre albañil, obscura
Y ya olvidada criatura,
Que ni midió el capitolio,
Ni estudió á la Grecia, solio
De la docta arquitectura;

De fe y entusiasmo ardiendo,
Vió en sueños tu mole santa:
Y acaso tambien durmiendo,
Su mano un ángel rigiendo,
Trazó tu gigante planta.

Y un pueblo todo
Arde, se agita,
Y la mezquita

Despareció.

**Pero la torre
Quedó empinada,
Porque manchada
Nunca se vió.**

**No, que en su cumbre el árabe Almuedano
"Solo hay un Dios" gritaba;
Y donde la verdad se proclamaba
Era triunfal padron para el cristiano.**

.....

II.

**Sobre la casa hundida de la luna
Plantóse el templo del Señor triunfante,
Como sobre un sepulcro alegre cuna,
Como una santa cruz sobre un turbante.**

**Un siglo entero de entusiasmo y vida,
Vida de fe, se afana,
Y la insigne basilica cristiana
Nace, y álzase erguida,
Hasta escuchar sus bóvedas *hossana*.**

**Que aquel siglo de arrojo y energia
Solo, con sus esfuerzos seculares
Pudo alzar en los hombros los sillares,
Que obscurecen al sol de medio dia**

**Otro siglo en pos vino
Aun de entusiasmo y fe, y aventajado
En poder, en cultura y en riqueza,**

De arbustos que verdean
 Raros aquí y allí, por la abrasada
 Region inmensa del desierto mudo,
 Y con el viento quemador pelean,
 Jámás formarse un bosque eterno pudo.

El entusiasmo y fe cuando no abrazan
 A todo un siglo, á una nacion entera,
 Meteóros son que brillan y que pasan
 Sin el rastro dejar de su carrera.

Ardieron en aislados corazones
 Mas..... ¿qué es un corazon?..... Insigne Cano,
 Inspirado Murillo,
 Cuya paleta el brillo
 Venció de la paleta de Ticiano,
 Montañes y Becerra:
 De entusiasmo y de fe fuisteis varones,
 Pero solos aislados en la tierra.
 ¡Ay! tan solo os fue dado
 A la historia de piedra una espresiva
 Guirnalda de laurel y siempreviva
 Poner, y en sus sillares estampado
 Vuestro nombre dejar, como el viajero
 Lo deja en las pirámides grabado.

IV.

Mole santa, templo augusto,
 Del Omnipotente gloria,
 De insignes siglos historia,

Obra de entusiasmo y fé.

¿Quién es el necio, el impio
Que te mira indiferente,
Que sin pasmo reverente
Osa en tí estampar el pie?

Quién, cuando en pompa de solemne día,
Mira un pueblo postrado
Delante de tu altar de oro, velado
Con blanca nube que hasta el cielo envía
el sacro aroma del quemado incienso;
Y de tu espacio inmenso
Los ámbitos llenar oye turbado
Tempestades de altísima armonía,
Con que al pausado coro
El órgano sonoro
Y las campanas que en los aires zumban
Responden, y tus bóvedas retumban;
Y por encanto superior parece
Que habla tu inmensa mole y se entremeece;
¿Quién desconoce estar en la presencia
De la sabia eternal omnipotencia?
¿Quién no va allí á pedir con fé victoria
Y para España libertad y gloria?

Pues cuando del ocaso en los cancelos
El moribundo sol entre celages
Refleja en tus pintados ventanages,
Y aun dora tus gallardos botareles,
Y de soslayo tu morisca torre;
¿Qué mortal si recorre

Tus solitarias naves
No se halla de pavor sobrecojido;
Y al escuchar de las campanas graves
El pausado quejido
Y clamorosos sonos,
Con que al mundo adormido
Recuerdan las nocturnas oraciones;
Delante del altar que apenas brilla
A la luz amarilla
De misteriosa lámpara, la frente
No hunde en la tierra helada,
Y ora, y teme, y espera, y se anonada?

V.

En tí de noche y día
Si osa entrar el impío
Se siente de horror frío
El duro pecho helar.

Y que un manto de plomo
Le abruma y le confunde,
Y que en tierra se hunde
Sin poder respirar.

Y en tí de noche y día
El que por la fé vive
Nuevo aliento recibe
Ensancha el corazón.

Bendice si es dichoso,

Si es desdichado llora,
Y le es consoladora
La voz de la oracion.

Insigne Catedral donde Dios vive
Eternamente, donde el cuerpo santo
Del Rey conquistador culto recibe,
Dó yace el sabio Rey, dó brilla tanto
Trofeo de victoria,
Encanto, Iglesia, monumento, historia:
¡Mientras mas te contemplo y mas te admiro
Mas entusiasmo y pura fé respiro...!
Salve, portento santo, y sin segundo,
Gloria de España, admiracion del mundo.

A. DE SAAVEDRA,
Duque de Rivas.

El Gondolero.

Envuelta en su manto, dormida en el mar,
Venecia recuesta su sien indolente;
Y brisa agitada temblando al pasar
Las rosas refresca que ciñen su frente.

Perdidas agujas de torre gigante,
Los rayos reflejan de luna que brilla,
Y en ellas quebrando su luz amarilla,
Moverse parecen en grupo distante.

Plegarse en las aguas, perderse en el viento,
A ratos se escucha un vago sonido,
Tal vez careajada, tal vez un lamento,
Tal vez el resuello de un pueblo dormido.

Tal vez profundo sollozo,
Que arranca del hondo pecho,
Aquel que en húmedo pozo
Tan solo encuentra por lecho
Las piedras de un calabozo.

Tibia luna balancea,
Colgada en el firmamento,
Y su rayo amarillento
Ligeros pliegues blanquea,
Que alza en las aguas el viento.

A su luz el Gondolero
Himno de amor placentero
Vierte en la bullente espuma,
Al son del remo ligero
Como el batir de una pluma.

Ve del noble la sonrisa,
Que en rico almohadon tendido,
Cruza silencioso el Lido,
Sobre su bote adormido
Al aliento de la brisa.

Y mas allá hay otros cien,
Y otros cien nobles en ellos,
Y en juegos de luz muy bellos
Desprenderse mil destellos
Desde la popa se ven.

O vé en el canal orfano
Que sobre la espuma riza
Negra barca se desliza,
Que impele robusta mano.

Barca sin armas, sin nombre,
Solo en ella hay una luz,
Bajo la luz una cruz;
Y bajo la cruz un hombre.

Silencioso se levanta,

Y la saluda al pasar,
Sin atreverse ni á orar,
Porque sabe que han de ahogar
La oracion en su garganta.

O ya el beso celestial,
Oye de feliz pareja,
Mezclado al ¡ay! funeral
De alguno que el mundo deja
Sepultado en el canal.

Y el entretanto indolente
Ve mezclarse en el ambiente
Un beso y un estertor,
Mientras canta dulcemente,
A Venecia y á su amor.

"Venecia la encantadora,
La querida de los mares,
Cuya frente seductora
Ciñe amor con sus cantares,"

"Un mar de luz se levanta
Y de armonía en tu sien,
Y de oro y azul tambien
Otro mar besa tu planta."

"Hoy vaso de oro quebrado,
Ayer de reyes la copa;

Ayer magnífica ropa,
Hoy un manto desgastado."

"Mas aun quedan tus mugeres,
Tu ruidoso carnabal,
Y la risa bacanal
Que evaporan los placeres."

"Queda el voluptuoso ardor
De tus citas y festines,
En deliciosos jardines
Deshecho en besos de amor."

"La bella, esta, que me inflama.....
Hermosa á mis brazos ven,
Reposa en ellos tu sien,.....
¿Quién en Venecia no ama?"

"Ven, mientras la villa duerme,
Me adormiré á tu cantar,
Cual mi góndola se aduerme,
Con los cantares del mar."

FERNANDO DE LA VERA.

El Aire.

*Composicion dedicada al Excelentisimo Señor
Duque de Rivas.*

Ora cual destructor zumbes osado
Agitando del orbe los cimientos,
Ora por el espacio dilatado
Vagues con apacibles movimientos,
Siempre grande te ostentas y sublime;
Tu magestad me inspira
Y con gozo en mis versos te cantára,
Si grandiosa cual tú fuese mi lira.

Yo quisiera pulsar las cuerdas de oro
Y en cada vibracion mirar grabado
De eternidad el sello idolatrado.
¡Qué dulee es no morir!

En mis versos imprime el poderío,
Con que te ornó la próvida natura,
Y eterno con tu nombre será el mio.
¡Mas ay! la edad futura
Acatará por siempre tu memoria,
Y yerta sepultura
Será página triste de mi historia.
—Tu eres el cielo que el mortal admira,
Donde miles de estrellas:

**Y hermosas todas ellas
Forman esmalte de la noche umbria,
Tú das vida al mortal, belleza al dia.**

**Si un azul trasparente hay en la esfera
Tú lo formas tambien;
Y al sol luciente
Tu le mueves su rubia cabellera.
Subes osado hasta su escelso trono,
Y no á fuer de vasallo te presentas,
Le hablas mas bien con arrogante tono.
Astro inmenso le dices,
Tu cres solo señor de medio mundo;
Si el otro medio conquistar intentas,
Pierdes el anterior, y yo potente
Penetro hasta el abismo mas profundo,
Y subo hasta la esfera mas luciente:
Lleno á la vez los ámbitos del mundo.**

**Un recuerdo le ofreces á mi mente,
Si mas sencillo, para mi mas grato.
El pendon ondeaste de Castilla
Llenando de pavor al Agareno
En la torre coloso de Sevilla.**

**Tu le diste el impulso á nuestras naves
Haciéndolas volar á un nuevo mundo
Donde el leon rugiese castellano;
Y el cetro soberano
Estendiese la España, y su memoria
Escribiese á los siglos
Con letras de diamante,**

En las páginas de oro de la historia.

Mil lenguas de metal tambien sonaron
Y por tí sus acentos se escucharon,
Anunciando á la España independenciam,
Y dulce libertad:

Cuando el tirano

Que al orbe entero subyugar queria
Vencido del esfuerzo castellano

Rindió su triunfo ante la patria mia.

—Aire sublime, ni los ecos gratos

Recibir te desdeñas, ni los tristes:

Cuantas veces palabras de ventura

Habrás llevado al corazon amante

Y el pecho palpitante

Agitando á tu voz sus movimientos

Exhalára duleisimos acentos.

Y cuantas, fiel amigo,

Recordando del triste la memoria

Que bajo losa fria

Ni una página espera de la historia

Haces sonar la funeral campana,

Y al insensato dices,

Tambien su sueño dormirás mañana.

—Los primeros acentos de amor grato

Escuchaste tambien de los vivientes,

Mas puros é inocentes,

Que de un cándido niño el fiel retrato.

Recuerdas ¡ay! del paraiso hermoso

El dulce sueño con que Adan durmiera

Y el despertar dichoso,
Mirando junto á sí la compañera.

Y aquella candidez, y la ternura,
Y delicados besos,
Con que sin mancha su inocencia pura,
Tu eres hueso, le dice, de mis huesos.

¡Oh cuanta gratitud te debe el hombre!
Cuando contempla el alma,
De la noche el silencio y triste calma
Y ansiosa espera el sol de un nuevo día
Tu formas una aurora
Que nos anuncia pía
Al astro bello, que los campos dora.

Y cuando el hombre en sepulcral tristeza
Se quedára mirando al occidente
Arrebatado del venturoso oriente
Su mas alto esplendor y su belleza,
El crepúsculo formas de la tarde
Preparando al mortal para su luto
Y alguna luz arrebatando al día
Que exige tu poder como tributo.

¿Y es posible á quien tantos beneficios
Ofrece al triste mundo,
Levantar furibundo
Y estrellar á millares
Las turbias olas de los anchos mares,
Semejando de infierno la atroz guerra,
Y al choque retemblante,
Amenazar al hombre y á la tierra.

**Y al fuego del volcan dar incremento
Que sus entrañas romperá algun día,
Y en polvos, y en cenizas, y en escombros
Tornará monumentos y ciudades,
Que acataron sumisas las edades:
Y elevará con furia
Al empuje violento,
Sus piedras y su lava al firmamento?**

La voz de la creacion resonó un día,
**Y por tí los vivientes la escucharon.
Tambien el ronco acento
De la final trompeta
Por tí retumbará, y el firmamento.
Esos globos de fuego, que sujeta,
Hará que se desplomen sobre el mundo
Al escuchar tu voz, y que en cenizas
La tierra transformada,
Busque asilo en el seno de la nada.**

Aquese es tu poder, aire grandioso,
**Si destructor te ostentas, yo te admiro;
Si te muestras benigno y bondadoso
Tambien cual genio protector te miro.**

**Y de envidia tambien mi pecho llenas,
Y en ansias ardo de volar contigo,
A recibir los ecos, que recibes,
Y de todas tus dichas ser testigo.**

**No los secretos escuchar quisiera;
Que los hombres á tí te rebelaron,
Y el destino tal vez de Europa entera,**

Imprudentes á ti lo confiaron.

Ni en alas de ambicion volar aspiro
El orbe entero á recorrer osado
Por conseguir efímero trofeo;
Mas dulce es mi deseo;

Invisible cual tú sondear quisiera
El tiérno pecho de mi bella amada;
Ver si late de amor, cual late el mio,
Y si á mi fuego con su fuego paga.

Do quier la sigues, que su planta mueve,
Y cruzando tranquilo el blanco velo
Con gracia agitas su cabello leve.

En tanto yo, que solitario y triste,
Solo puedo ofrecerle el pensamiento,
Envidio la ventura que tuviste,
Y mi desgracia, y mi dolor lamento.

JAVIER VALDELOMAR Y PINEDA.

El Incienso del Templo.

No es tan grato el aroma de las flores,
Mecidas por el aura vagarosa,
Ni el ensueño fugaz de los amores
En brazos de la noche silenciosa;

Como esa nube que mis ojos miran
Ondular en el templo del Señor,
Dulces vapores que en los aires giran,
Perfumes del incienso bienhechor.

Del órgano al sonido melodioso
El preste lo bendijo ante el altar,
Y ví elevarse raudó, magestoso
El humo denso que miré brotar.

Llegó á las aras dó el Eterno mora,
¡Ay! del misterio en el cendal velado:
Su faz besó que el serafín adora
Ante su trono de zafir postrado.

Y velando las formas de Maria
Madre del Verbo immaculada y pura,
Nube parece dó se oculta el dia,
Dó se guarda la cándida hermosura.

Estendióse en el ancho pavimento
Cual se estiende la niebla matinal,
Bello como el color del firmamento,
Sublime como el aura sepulcral.

Bañó la tumba dó la Virgen llora
Su yerto amor, su eterna desventura,
Y aquel rostro que el llanto descolora
Retinó con su mística blancura.

En su pecho doliente y abrumado
Bálsamo de consuelo derramó,
En las tiernas plegarias empapado
Que del labio del justo recogió.

Y al recibir la suya fervorosa
De nuevo por el templo discurría,
Cual vaga esencia de jazmin y rosa
En los jardines de la patria mía.

¡Incienso encantador! tu eres la nube
Que la virtud esconde en este suelo,
Reposando en las alas del querube
Como en los aires el azul del cielo.

Nunca empañas tu cándida pureza
Del hombre en los festines ostentosos,
Ni adulas el placer de la belleza
Reclinada en sus brazos amorosos.

**Del mundo es el aroma que respiran,
Profano como el oro que brillára,
Impuro cual los hábitos que giran
Del hombre en torno que á su fin llegára.**

**Ni en su mullido lecho el sibarita
Percibirá tu ambiente delicioso:
El fuego del amor allí se agita,
Tú vagas en el templo respetoso.**

**El templo Salomónico vió un día
En tu seno perderse su esplendor,
Cuando su inmensa mole estremecía
De cien pueblos el canto vibrador.**

**Remolinos de espuma de los mares
Me parecen tus ráfagas vistosas,
Al envolver magníficos altares,
Al recorrer las naves espaciosas:**

**Y agolpada la nube cenicienta
Salirse quiere en los dorados techos,
Como el denso vapor de la tormenta
Del espacio en los límites estrechos.**

**Tú mitigas del hombre las pasiones
Que su pecho cual sierpes desgarraron,
Teñidos en veneno sus arpones
Que de una copa funeral tomaron.**

Dé ellas tambien el iafernal rugido
Mil veces con espanto escuché yo,
Cual si escuchara el eco repetido
Del torrente que al mar se despeñó.

Y maldije convulso mi existir,
Y pregunté tambien en mi demencia,
¡Donde está mi risueño porvenir!
¡Donde del Dios potente la clemencia!!!

Ni los ecos mi acento repitieron;
Ni en las tumbas tampoco sonaria.....
¡Las tumbas al proscripto desoyeron,
Solo le resta mísera agonía!!!

Y como chispa de volcan ardiente
Mi megilla una lágrima quemó.....
Un obscuro vapor cubrió mi frente,
Mi vida en sus cimientos retembló.....

Mas al sentir tu ambiente perfumado,
¡oh incienso de los cielos desprendido!
La religion mis penas ha calmado,
Y de mi pecho se apagó el latido.

Como un Dios en vapores transformado,
Consolador del mundo en su afliccion,
Te miro yo junto al altar postrado;
Recibe mi profunda adoracion!!

Ver no pueden los hombres la hermosura
Del Dios inmenso que los cielos dora:
Ha tomado por eso tu figura,
Sublime, celestial, encantadora.....

¡Oh si al salir del mundo aborrecido,
Reclinado en mi lecho solitario,
Bañarás mi semblante entristecido
Al grate resonar del incensario!

¡Con tu aliento mezclándose mi alicato
Al convulso finar de la agonía,
Mi espíritu contigo al firmamento
El angel de la vida llevaria!!!

FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA.

Tu amor ó tu amistad.

Muger de talle garboso,
Mas bella que la esperanza,
¿Por qué el destino se lanza
Con crudeza entre los dos?
¿Por qué cuando yo te he visto
Hermosa como la luna,
Nos separa la fortuna
Y todo el poder de un Dios?

¡Ay! ya no puedes mirarme,
Jóven con rostro alhagueño:
Por siempre tienes ya un dueño
Y es suyo tu corazón;
Y suya tu blanda risa:
Son tuyas ¡ay! tus encantos,
Y á mi me quedan los llantos,
La amargura y la afliccion.

La maldita suerte mia
Me condena ¡oh desventura!
A contemplar tu hermosura.
Contemplarla y padecer:
Padecer eternamente,
Sin gozar ya acá en el suelo

Ni una hora de consuelo,
Ni un instante de placer.

Ese dichoso que puede
Decir sin temor "te sadoro,"
Cuando niño en copa de oro
Nectar divino gustó:
Y entonces sin duda fuera
Mecido en cuna de flores,
Y blando soplo de amores
Su cabellera agitó.

Que á ninguno sería dado
Lograr tan grande ventura,
Ser dueño de tu ternura,
Y ¡ay! á tu lado vivir,
Si los dioses no le hubiesen
Acariciado en la cuna,
Mostrándole la fortuna
Delicioso porvenir.

Jóven hermosa, ¿ese hombre
Lo que tú vales entiende?
¿El precio, dime, comprende
De tu rostro encantador?
¿Sabe que en belleza excedes
A las síldes indianas,
Mas apuestas y galanas
Que la virgen del amor?

Tal vez ¡oh Dios! desconoce
Cual rica joya posee,
Y acaso ignorante cree
Que vales muy poco tú;
Tú, por cuyo amor yo diera,
Muger de lánguidos ojos,
Blanca tez y labios rojos,
Todo el oro del Perú,

Muger divina, yo sí
Que con ternura te amára:
Si, hermosa, yo te adorára
Con devorante pasión;
Y en lugar de las riquezas,
Que á veces duran un dia,
Un alma ardiente daria,
Y de fuego un corazon.

Mas ¡ay! es vano el lamento
Que arroja mi triste lira,
Y si mi pecho suspira,
Es vano su suspirar:
Que se pierden mis quejidos
Sin tú escucharlos, bien mio,
Como el marmullo del rio
Entre las olas del mar.

Muestra una dulce sonrisa
A tu infeliz amador,

Y calmarás su dolor
Y su ferviente inquietud.
Solo tu risa pudiera
Templar mi ardoroso fuego.....
Muéstrala, jóven , y luego
Conserva allá tu virtud.

Y ya que no halle en tu pecho
Mi amor ninguna acogida,
Otro afecto, dulce vida,
Me consuele en mi horfandad.
Dame pasar á tu lado
Algunas horas serenas:
Tenga en medio de mis penas,
Si no tu amor, tu amistad.

JOSE MANUEL TENORIO,

El Sauce.

Todo aspira vida nueva
Con la púrpura del sol,
La blanca niebla se eleva
Mientras el céfiro la lleva
Entre nacar y arrebol.

Lentamente su capullo
Abre la tímida flor
De las brisas al arrullo;
Todo en la tierra es murmullo
Todo en el cielo esplendor.

Solo tú, sauce doliente,
Insensible á tal belleza
No alzas al cielo tu frente,
Y en la orilla tristemente
Bajas tu hermosa cabeza.

En vano bañan tus ramas
Las ondas puras del rio,
Que vuelven del sol las llamas
Y se rizan como escamas
A las auras del estío.

En vano tímida amante
La fresca brisa procura
Calmar tu pena, y constante
Cubre tu sien vacilante
Con perfumes, con frescura.

Creces, oh sauce, doblado
Como la yerba en el mar;
Siempre ante el viento inclinado,
Al dolor predestinado,
Es tu existencia llorar.

Mas sensible que las flores
Tú no insultas la afliccion,
Con perfumes, con olores;
Tú comprendes los dolores
De un cansado corazon.

Tu vida es la del mortal,
Como el tayo es su gemir,
Y esa existencia fatal
Es la vida universal;
Es nacer, sufrir, morir.

SALVADOR BERNÚEZ DE CASTRO.

A un niño.

Pues que un tierno pecho
Aun pesares no siente
Duerme niño inocente!
Bajo las alas del paterno amor.

Yo tambien huerfanito
En mi niñez dormia,
Y feliz en mi sueño no sentia
Al padre que la tumba me robó.
Y aunque sus dulces besos
No halagaban mi frente,
Yo en mi sueño le ví ¡cuan inocente!
Y mi sien en su seno reposó.

Y despues las pasiones,
Este volcan eterno
Que arde en mi pecho como el mismo infierno
Y que inflamó la voz de una muger,
Me devora, hijo mio,
Y maldigo mi suerte,
Pues quiero mas la destruccion, la muerte
que este continuo afan y padecer.

Y aun en mis brazos llevo
Señal de las cadenas,

Porque esclavo nací y libre apenas
Vi á los libres la patria mancillar.
La amistad....! es un capricho.
¿Tengo yo acaso un amigo
Que comprenda mi amor, llóre conmigo
Y acompañe mi amarga soledad?

No despiertes, no ¡niño!
A tanta desventura,
Que este mundo de hielo en su locura
No comprende ni dicha, ni dolor,
Y puesto que tu pecho
Aun pesares no siente,
Duerme ¡niño inocente!
Bajo las alas del paterno amor.

PEDRO DE LA PUENTE Y APEZUECHA.

El Soldado.

I.

En noche serena la luna brillaba
Con trémulos rayos de pálida luz:
El sordo murmullo del viento zambaba
Allá entre las cañas y el tierno abedul.

En medio de bosques el campo guerrero
Sembrado de hogueras ardiendo se ve,
Rechinan los carros cubiertos de acero,
Retumba el relincho del bravo corcel.

Allá en las almenas que un tiempo fundára,
Ilustre caudillo que al moro venció,
Allá entre crujidos de ardiente almenara,
De "alerta" el soldado repite la voz.

Y apenas la aurora su tálamo rompa
Posada en su trono de plata y carmin,
Dirá á los valientes la bélica trompa
Con ecos de gloria venced ó morid.

II.

Un soldado á quien la suerte
Dió por premio noble herida,
Alza su frente abatida

A la alarma que escuchó.
Suena el parche, deja el lecho,
Empuña tajante espada,
Y con la mecha inflamada
Firme llega hasta el cañon.

Este brazo ensangrentado,
Con fuerte acento gritaba,
Traidora faria domaba
De mil contrarios y mil.
Con su sangre, con su acero,
Con su noble bizarria,
A otra frente sostenia
La corona este infeliz.

III.

"Compañeros"

No hay mas gloria,
Mas victoria
Que el honor.
Que una patria
Es un suplicio
Cuando jime,
Donde hacemos
El sublime
Sacrificio
Del valor.

Sus, muramos,

"Clamó ciego"
Que este fuego
Es la gloria
Que la historia
Nos dará.
Y el mortero
Que ora retumba
Noble tumba,
Polvo inmundo,
Que ni el mundo
Mirará.

IV.

Es la vida del soldado
De la gloria el gran camino:
Mas cumplido su destino,
Sin gloria y vida quedó.
Ni la fama dirá al mundo
Que otro imperio se ha fundado
En la huesa del soldado,
Del valiente que murió.

V.

Siempre esforzado,
Siempre guerrero
Dó fué el peligro
Allí acorrió.
Vedle en las brechas
Ser el primero

Que con su acero
Victoria dió:
O en frágil pino
Surcando mares,
Llevar sus lares
A otro confin.
Clavar la enseña
Que triunfadora
Bate los aires
Allá en la aurora,
Bate los aires
Del mundo al fin.

VI.

Mas "valientes" esto es nada:
Los rigores de la suerte,
Los rigores de la muerte
Siempre el bravo despreció:
Y á los silvos de las balas,
Al tronar de los cañones,
No temblaron corazones
Que ora tiemblan por amor.

Esas dulces compañeras,
"La mitad de nuestra vida",
Ora lloran la partida
Del esposo que es su sol.
Tal vez en aqueste instante
Traspasadas de dolores

Con sus hijos, sus amores
Tiendan los ojos á Dios.

Tal vez sus trémulas manos
En el bosque de Diana,
Enlazan rosa temprana
A los ramos del laurel.
Y tal vez esas coronas
Que al triunfo nos preparan,
En la tumba del que amaran
Irán yertas á caer.

VII.

Infelices!
Solo llanto
Vuestra estrella
Reflejó.
Maldecida
Aquella hora,
Maldecida
Siempre fuera
Que os uniera
Fiero el hado
A un soldado
Por amor.

VIII.

Llorad, sí, llorad hermosas
Que es llorar vuestro destino,

Y ese llanto peregrino
Nuestras huesas regará.
Entonces allí postradas
Con los hijos inocentes,
Vuestros labios balbucientes
"Patria" "patria" clamarán.

Y la patria ensordecida
Al clamor de la inocencia,
Solo al Dios de la clemencia
Vuestros ayes legará.
Que los premios que ella ofrece
A los hijos de un soldado,
Son las tumbas polvo helado
Dó á su padre llorarán.

Mas ya zumba compañeros
El clarín que á la lid llama,
Y en el pecho ya se inflama
De un valiente el noble ardor.
A la patria á quien servimos,
Serles fieles le juramos,
Pues marchemos y muramos:
Nuestra vida es el honor,

Los recuerdos.

Encantos del amor; me habeis dejado
 Ese la ferviente edad de las pasiones,
 Cuando este corazon enamorado
 Surcaba un mar inmenso de ilusiones.

Enavuelta entre placeres mi existencia
 Amor el universo me mandaba;
 Las flores perfumaban con su esencia
 El sueño feliz, que disfrutaba.

Arrullaban suspiros amorosos
 El alma de los goces agoviada,
 Y los dias huian presurosos
 En brazos de mi ardiente enamorada.

¡Qué placer ver su seno palpitante
 Que abrasado de amor ni aun respiraba!
 ¡Cuántas veces su célico semblante
 Esta débil razon aniquilaba!

Su expresion inflamada de ternura,
 Su entusiasta mirar y lozanía,
 El delicado talle y donosura
 Que á la palma venciera en gallardía.

Era la bella flor con que la aurora
 Saluda al astro rey allá en oriente;
 O dulce filomena que canora
 Acompaña el suspiro de la fuente.

¡Qué de vida y placer yo disfrutaba!

Natura ante mi vista se reia,
Sus recónditos senos me mostraba,
Y en fuego abrasador la frente ardia;
Mas mi dicha pasó cual sombra vana,
Solo el recuerdo guardará mi mente
Como el lúgubre son de la campana
Que los ecos repiten sordamente.

¡Qué feliz, si en el áspero desierto
Esta existencia hubiera sepultado!
Solitario arenal, mi paso incierto
Solo quisiera en tí ver estampado.

Allí madre común, naturaleza
En tu seno viviera reclinado,
Y el alma contemplando tu grandeza
Entusiasmada ¡ay Dios! te hubiera amado.

La voz de las cascadas y torrentes,
El saludo del ave al nuevo día,
O el viento que en las rocas eminentes
Sus ya caducas crestas deshacia,

Un sol abrasador carbon haciendo
La esbelta palma que hasta el cielo sube,
O el altivo leon feroz rugiendo
Al verlo encapotarse en densa nube,

Que magnífico estruendo es tu armonia
Recuerdos, porvenir, allí se ignoran,
La linda flor que marchitára el día
Las brisas del oriente la coloran;

Esta escena á mi vista se presenta
Como el sueño de amor al desgraciado,

Es el faro del puerto que se ostenta
Al piloto despues que ha naufragado.

¡Ay! de aquel corazon que loco anhela
Descargarse del dulce sentimiento,
Salta los montes, por los mares vuela,
Y el recuer lo ahogará su pensamiento.

Hay seres á quien Dios ha destinado
Para eterno dolor en este suelo,
El desierto una flor les ha guardado,
Libremente el llorar su desconsuelo.

Si que en la soledad, aquel que gime,
Escucha hablar el eco á su lamento,
Y el infeliz, que entre los hombres vive,
Ni aun eso lo consuela en su tormento;

Que injusta sociedad, solo repites
Los báquicos cantares de la orgia,
Y al triste á quien llorar tan solo vistes
Le lanzas un sarcasmo en su agonía.

Dichosos los que gozan del retiro,
Los que nunca esta senda habeis hollado,
Vuestra vida se escapa cual suspiro
Que exhala corazon enamorado:

Sois la fuente que nace en la montaña
Y en las rocas se filtra su raudal,
Flexibles, cual sonante y débil caña
Jamás os troncha recio vendabal,

Que el huracan furioso de la vida
El débil por su frente ve pasar,
Y la robusta encina, envejecida

Siente su fuerte tronco destrozar.

No grabarán cinceles vuestros nombres
Sobre la losa del sepulcro frío
Y el gemir, y el llorar ¡ay! de los hombres
Os lo dará el ambiente y el rocío.

PEDRO ALCANTARA LIAÑO.

Al Sueño.

Dedicado á D. Manuel de Pedraza.

Dulce consuelo de mi triste vida!
Alivia mi dolor.... pueda tu encanto
Templar benigno mis amargas penas
Y en mis sienes ceñidas de beleño
Tienda sus alas el calmante sueño.

¡Qué ardor! ¡Qué frenesí! cuando mi mente
Entre ilusiones férvidas perdida
Apuraba el placer.... cuando risueña
La vida sus encantos me mostraba
¡Sueño consolador! durmiendo estaba.

Que es ilusión la dicha y vano sueño
Como el fuego de amor.... brilla en el alma
Cual refulgente sol allá en el cielo
Que súbito á la tierra desaparece
Y al ausentarse el cielo se ennegrece.

Apagáronse ya mis ilusiones
Para nunca tornar... y no han dejado

Bálsamo dulce al ajitado pecho:
Sino ambicion del nombre de la gloria
Y un recuerdo de amor en la memoria.

Este anhelo de gloria me arrebató,
Yo quisiera dormir.... dichoso entonces
Entre sueño y amores anegado
Mi profundo dolor se calmaria
Y tranquilo mi pecho latiria.

¡Ay! ya los ecos de mi triste lira
Discordes sonarán.... ni el sol brillante,
Ni la modesta luna desde el cielo,
Ni la cándida flor en la pradera,
Podrá volverme á mi ilasion primera.

Un tiempo fue que la callada noche
Calmaba mi pesar.... sonaba el viento
En las ramas de álamo y del pino
Y cuando el rayo al suelo descendia,
Era mi amor, mi encanto, mi armonia.

Hoy sin el brillo de ilusiones gratas
Solo anhelo dormir.... plácido sueño
Preste á mi pecho la quietud que implora
Y si dispierto á padecer ¡oh cielo!
El huracan arrástreme en su vuelo.

Si han de secarse en el Abril las flores,
Si ha de libarse el nectar de la vida
Tan solo para el mal... yo la desprecio:
Vivid hijos felices de la suerte!
Que yo mi dicha buscaré en la muerte.

FRANCISCO FERNANDEZ GOLFÍN.

A mi querido amigo

D Juan de Posada Argüelles

Octavas.

Ya el claro Febo con su lira de oro
Toca de cancer la mansion serena,
Y agosto vierte su inmortal tesoro
De luz y vida que los orbes llena
Con lento paso y murmurar sonoro
Resbala el rio en la llanura amena
Y en limpio espejo de bruñida plata
La rubia espiga y el agraz retrata.

Tambien la dulce cristalina fuente
Bajo las ramas de la selva umbría
Brotó entre conchas y coral luciente
La linfa fuera como nieve fria:
A su risueña margen floreciente
Huye la oveja del calor del dia
Mansa paciendó por la fértil vega
La verde grama que en su curso riega.

Mientras que paze y amorosa bala
Con su cordero jugueta querido,

Y entre arrayanes de la selva gala
El perro espantador yace dormido,
Con dulce avena de la fiel zagala
Las gracias lindas de su amor herido
Canta el pastor en la pintada alfombra
Sentado al fresco de apacible sombra.

Todo me anuncia mi querido amigo
Tu fausto dia para mi sereno,
Que en gratos años celebré contigo
De dulce paz y de delicias lleno:
Tú de mis ansias el mejor testigo
Sabes lo mucho que en tu ausencia peno,
Por no mostrarte el corazon amante
Donde te guardo con amor constante.

Por no mostrar como mi afan desea
Mi tierno corazon, donde domina
Con dulce imperio cuya ley recrea
Hija del cielo la amistad divina,
En él su antorcha clara centellea,
Nunca su fuego celestial declina;
Y en conservarla inestinguible y pura
Cifra tu amigo su mayor ventura.

¡Oh tú, fulgente sol, grato consuelo,
Virtud divina cuya hermosa llama
Para aliviar su suerte el justo cielo
Al triste humano en su piedad derrama,

Si el que te sigue con ferviente anhelo
 En delicioso ardor feliz se inflama
 Nunca niegues tu lumbre bienhechora,
 Santa amistad , á un alma que te adora!

Por mas que el hado inexorable, impio
 De tí me prive con adusto ceño
 Sabré oponerme con hidalgo brio
 Porque no logre su feroz empeño:
 Jamás te apartaré del pecho mio,
 Contra su saña me verás risueño,
 Y libres, dulce amigo, mis cantares
 Te halagarán calmando mis pesares.

Ora disfrutes el feliz *Cercado*,
 Que de tu estirpe el esplendor sustenta,
 Y á quien la pompa de un altar sagrado
 El claro brillo de su nombre aumenta,
 O allá te vayas al recinto amado
 Donde el otoño su riqueza ostenta
 Dulce morada del placer tranquilo
 Que en tiempo aciago me ofreció un asilo.

Ya del *Vedon* en la gentil colina
 El aura libre de inquietad respire,
 Y mientras Febo entre arrebol declina
 Cruzar las naves por el *Ponto* mires,
 O bien ollando la inferior marina
 El cuadro bello de natura admires,

**Y entusiasmado al meditar profundo
La mano ensalces del autor del mundo.**

**No con las glorias que tu estado ofrece
Mi corto obsequio con desden acojas,
Que si aumentar tus gustos no merece,
A un tierno amigo de tu amor despojas.
Con yedra humilde que á su sombra crece
No se desdeña entrelazar sus hojas
El olmo altivo, y la mansion de Tétis
Nunca desprecia al cristalino Betis.**

**Yo de este rio en la feraz ribera,
Do asienta Flora su risueño trono,
Himnos cantando de amistad sincera
Burlo del hado el enemigo encono:
Cumpliendo del deber la ley severa
Hoy estos versos á tu nombre entono,
Que el alma noble do el honor se anida
Nunca la justa gratitud olvida.**

**Si se mostrase á mi rogar clemente,
Si el cielo oyese las plegarias mias,
Besar tu mano y halagar tu frente
Vieras la prole que afanoso ansias:
Goza tranquilo de la paz riente
Mientras que lucen tan dichosos dias,
Al dulce lado de tu dulce Rosa,
Discreta, pura, incomparable, hermosa.**

A una Señorita Inglesa.

Abandonaste, Emilia encantadora,
El Támesis umbroso,
Y aquí te saludó como señora
Guadalquivir gozoso.

Que disfrutar eterna primavera
Y eterno amor quisiste,
Y por eso dejaste su ribera
Grande, sí, pero triste.

¿Que es, Emilia, Albion con las suntuosas
Fábricas, la riqueza,
El comercio y las naves poderosas
Que anuncian su grandeza?

¿Qué es ¡ay! Emilia, si su yermo suelo
No cubren bellas flores,
Si está allí triste el sol, turbioso el cielo,
Y el alma sin amores?

Como la virgen yerta, desmayada
En mortal agonía
Llena de oro y joyeles, y adornada
De rica pedrería.

Aqui gozan las almas ese ambiente
Celestial, delicioso,
Como el respiro del volcan ardiente,
Cual Venus voluptuoso.

Aqui el placer que inspira el aura blanda,
La flor, la fuente, el rio
El alma rinde, los sentidos manda
Y arrastra el albedrio.

El cielo es como el rostro del arcangel
De divina hermosura:
Las aguas cual las lágrimas de un ángel,
O de una virgen pura.

El blando aroma al hombre en el ameno
Pensil le desvanece,
Cual de una hermosa en el purpúreo seno
El amor le adormece.

Aqui hay, Emilia, un sol cual tu semblante
Sereno, luminoso:
Aqui cada mortal es un amante
Ya infeliz, ya dichoso.

Goza, amiga, los dones de este suelo
Que Cesar celebraba:
Goza la blanda luz del claro cielo
Que Fenelon cantaba.

Su rosa y su clavel que Mayo adora
Bajo tu planta crezca,
Y el dulce iluminar de cada aurora
Un nuevo amor te ofrezca.

No te ha de acompañar en tu alegría
Esta alma atormentada
Que ha de gemir al bullicioso día,
Y á la noche callada.

Esas que abrirse ves lozanas flores
Serán para mi abrojos
Y con tedio ese sol que inspira amores
¡Ay! mirarán mis ojos.

Todos aman gozosos el florido
Vergel, la dulce risa
Del cielo, el manso arroyo, y el dormido
Susurrar de la brisa.

Solo el mísero aquel que el alma abierta
Tiene á la desventura
Ama una tierra estéril y desierta
Como una sepultura.

JOSE LORENZO FIGUEROA.

La fiebre.

Sevilla: 1837.

Esto es morir.... mi corazon, mi frente
 La fiebre quema y el afán devora,
 Y el rayo azul de la naciente aurora
 Penetra ¡oh rabia! hasta mi lecho ya.
 Despierta el mundo como yo despierto:
 El despierta al placer y á la alegría;
 Yo despierto al dolor, á la agonía
 Que mi existencia consumiendo está.

El mundo...! el mundo de la paz el sueño
 En su lecho de sombras ha dormido,
 En tanto que mi lecho han combatido
 Negras fantasmas de inquietud y horror.
 Ni una ilusion entre eclajes de oro
 Vino á templar mi bárbaro martirio,
 Ni á engañar con ensueños mi delirio
 Cándida virgen de celeste amor.

No escucho yo de las volantes auras
 El trémalo batir entre las flores,
 Ni al son del viento la cancion de amores
 Que las hijas del valle entonarán.
 El pino en tanto cimbrará en los montes
 Sus plumeros flotantes de esmeralda:
 Con lánguida tristeza su guirnalda
 Los sauces de las tumbas ondearán.

En vano para mi la primavera
Encadenando el tiempo á su carroza,
Toda ella vida, en embotar se goza
La segur de la eterna destruccion.
Ni al sol ya miro en su ascension al cielo
Rodando sobre el piélago sonoro
Esmaltar con su ráfaga de oro
La corona inmortal de la creacion.

Yo que de esa feliz naturaleza
Tan pura y tan hermosa en la mañana
Las nubes de oro y de amaranto y grana
Flotar en torno de mi frente ví,
Yo que mi negra cítara de hierro
Contra las rocas sacudí en pedazos,
Cuando estrecharse de mi ser los lazos
De todo un mundo en el placer sentí,

Yo en este lecho me revuelco ahora,
Yo maldigo mi lúgubre existencia:
Y ¡oh! si no hubiese en mi eternal demencia
Dulce esperanza de vivir y amar...!
Un principio de vida inagotable
Late en mi corazon, piensa en mi mente.
¿Quién alcanza esta sangre tan ardiente
En este ardiente corazon á helar?

La muerte.... ¡maldicion! ¡eterna, horrible
Necesidad del ser! ¡lazo de hierro

Que al débil hombre en su mortal destierro
Ata al sepulcro hasta clavarle en él!
Arrastramos la vida por el mundo
Sobre espinas y víctimas y escombros:
Inmensa carga en nuestros flacos hombros
La regamos con lágrimas de hiel.

No es bastante morir. ¡Ah! no es bastante
Caminar al sepulcro entre dolores,
Hallar el áspid al oler las flores,
Temer el rayo al contemplar la luz.
Fatal condenacion pesa en el hombre
De ver la vida al sol de la esperanza;
Y espera siempre, si jamás lo alcanza,
En blando lecho convertir la cruz.

Yo que en tormento inacabable existo,
Amo, anhelo vivir.... ¡oh! ¡sí á lo menos
De esos campos magníficos, serenos
Pudiese yo los aires respirar!
Una corona de nacientes rosas
Empapadas en gotas de rocío
Viniera ¡oh Dios! con delicioso frío
Mi turbulenta sien á refrescar.

En lecho matinal de húmedas hojas
Mis miembros de dolor reposarian:
Los bosques, como nubes, cimbrarian
Sus cimas retemblantes sobre mí.

En ellos la salud: y si la muerte
En los bosques tambien, fuera entre flores:
No con tantos tormentos y dolores
Como me estan despedazando aquí.

Naciera yo, naciera en las montañas,
Yo que admiro su rústica belleza,
Mas cercano de tí ¡naturaleza!
Con tu luna, tu sol, tu inmensidad.
Y salvando las breñas y torrentes
De las fieras salvages al bramido,
No hubiera con su aliento corrompido
Mi falleciente ser la sociedad.

¡Oh ardor! ¡oh frenesí! la sed me ahoga;
Arde la sed de un Tántalo en mis venas.
Ven, si aun te duelen ¡dulce amor! mis penas:
¡Único amor de mi existencia! ven.
Dame un licor..... veneno..... templa, halaga
Con recuerdos de amor mi fantasía,
O con tu último beso ¡amada mía!
Ven ya y acaba de abrasar mi sien.

¿No vienes? ¿dónde estás? Desde el abismo
Mirando estoy, en que me hundió la suerte
El triste pensamiento de la muerte
Las horas de mi vida presidir.
Si es la que suena, mi tremenda hora,
Llevaré hasta la tumba mi deseo.

(75)

¡Crepúsculo oriental! yo no te veo

Ya para mí no hay sol..... esto es morir.

G. GARCIA Y TASSARA.



